

popular-film

30
cts



LOS ARTISTAS ASOCIADOS

presentarán en breve en el

CINEMA CATALUÑA

la producción
de

EDWARD
SMALL

dirigida
por

JAMES
CRUZE



Según la famosa novela del periodista Max Miller "I Cover the Waterfront", que describe los manejos de la gente sin escrúpulos, que viola sistemáticamente las leyes inmigratorias de Norteamérica.

Un film en el cual, gracias a una sucesión de imágenes llenas de vida, el realizador ha logrado crear con fortuna esa atmósfera de misterio que rodea a los contrabandistas. Su interesante acción, se desarrolla por completo dentro del movedizo marco del mar y de los muelles de un gran puerto californiano, y la amorosa novela entrelazada en su trama, le añade aún interés y acrecenta su emotividad.

La última aparición en la pantalla del gran actor de carácter, prematuramente desaparecido, ERNEST TORRENCE.

UNITED
ARTISTS

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director técnico y Administrador: S. Torrea Benet

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: París, 134 y Villarreal, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

Director musical: Maestro G. Faura

15 DE FEBRERO DE 1934

Delegado en Madrid: Antonio Guzmán Merino
Naróez, 60

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA:
Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Borbón, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Mártires de Jaca, 20, Irún
Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

LA ESPAÑOLADA

SE busca un estilo propio al cinema nacional, que no lo tiene, según se ha repetido estos días en la prensa, comentando las palabras de un caracterizado productor americano.

«Espere usted a que tengamos cine, le ha respondido alguien, y luego le imprimiremos un estilo original.»

Parece lógica esta observación. Primero, el hombre, es decir, la vida; y después, el carácter o singularidad de esa vida actuando en la sociedad humana.

Y esto, al parecer tan evidente, es un sofisma. Porque se nace con carácter o se viene al mundo sin él. La originalidad, el estilo, el rasgo característico de la persona es una cosa que se lleva dentro, larvada podríamos decir, y, con los años se desenvuelve, ni más ni menos que los rasgos físicos.

¿La educación? ¿El ambiente? ¿Los preceptos legales y religiosos? Cultivo, jardinería, simulación, adorno. Lo esencial queda incólume, pronto a manifestarse cuando una conmoción violenta rompe la costra accidental. Sin semilla, ningún jardinero ha producido nada.

Lo que quiere decir que nuestro cinema, apenas viable, tiene ya en embrión los caracteres que le han de distinguir en lo futuro de cualquiera otra producción extranjera.

Precisamente, sin pretenderlo nadie, se han esbozado estos días, al combatir, unos, y exaltar, otros, la españolada.

¿Por qué siempre que se habla del cine español, de sus orientaciones y

tendencias, ha de surgir, como elogio o repulsa, la españolada?

Sencillamente, porque la españolada es lo español en caricatura. De manera, que, sin darnos cuenta, reconocemos, en principio, que la españolada, con premeditación o sin ella, ha informado hasta ahora la escasa producción cinematográfica nacional, y no hay posibilidad de silenciarla cuando pretendemos englobar en una síntesis el carácter y estilo del cine español.

Y si la españolada se manifiesta de modo tan espontáneo en la película española, ¿no será algo más que una simple coincidencia o deformación ocasional del buen gusto?

Yo creo que, en efecto, es algo más, y conmigo están de acuerdo quienes desean para el cine español un poder expansivo y una fuerza espectacular capaces de rebasar los límites nacionales y convertirse en heraldos de nues-

tra peculiar cultura. La españolada bien hecha, desposeída de toda exageración e inspirada en el verdadero folklore nacional, tan rico y vario, lejos de ser una cosa reprobable, puede alcanzar la categoría de arte puro, vistoso, apasionado y sugestivo, mundo bizarro y original que se asomaría a la pantalla y que ningún pueblo del mundo se atrevería a disputarnos.

Y he aquí cómo la españolada, además de crear un arte originalísimo, llegaría a constituir un negocio tan legítimo como las manufacturas inglesas, alemanas o yanquis, países que seguirían comerciando en cosas tangibles, lanas, específicos, motores, mientras nosotros nos enriqueceríamos con el comercio de la fantasía.

Andábamos buscando estilo propio al cinema español, y echamos de ver que ese estilo se manifestó en la primera película rodada en España y en las que siempre nos han enviado del extranjero: ese estilo se llama españolada; y la cuestión no está en negarlo, sino en depurar la tendencia, logrando efectos de arte allí mismo donde, por malicia, o ignorancia, se nos ponía en ridículo.

Toda la cuestión se reduce a descubrirnos a nosotros mismos, sin asustarnos demasiado de nuestra caricatura, si está bien hecha. Y eso es la españolada o esa debe ser la españolada reducida a sus justos términos: una caricatura en la que puede haber más arte, y desde luego más intención, que en un cuadro al óleo.

ANTONIO GUZMÁN

nuestra Portada

En la portada del presente número aparecen Clara Bow y Richard Cromwell, en una escena de la película Fox, "Hoop-la".

En la contraportada, Douglas Fairbanks Jr. y Diana Napier, en un plano de "Catalina de Rusia", producción de los Artistas Asociados.

Cuestiones del cinema español

CONSISTIDAS definitivamente varias casas productoras en España, es interés primordial para las mismas la selección del personal adecuado; no sólo la del técnico propiamente dicho, sino que igualmente es necesario se elija en los principios nombres de garantía e indudable valor para la confección del cuadro de los intérpretes de sus producciones.

Se da la paradoja de que se hallen en Norteamérica multitud de artistas españoles y otros de países de lengua castellana, mientras en España se lucha denodadamente para conseguir un cinema esencialmente nacional.

En este caso concreto no hay concordancia posible con el desarrollado en Alemania, por ejemplo, donde se posee un cine portentoso y los magnates yanquis arrastraban a los elementos valiosos, a fuerza de dólares, a Hollywood. En España no ha existido jamás tal cine, y las escasas figuras que sobresalían se trasladaban a los estudios extranjeros. Los unos, solicitados; los otros, con el fin de conseguir en su día un contrato más o menos ventajoso.

Actualmente, la crisis por que atraviesan la cual totalidad de las casas americanas, de un lado, y de otro el escaso éxito obtenido por la mayoría de nuestros emigrados compatriotas, influyen con fuerza magnética en el sentido de solicitar una reincorporación —sin duda beneficiosa para todos— de cuantos intentaron, en este caso lógicamente, hacerse nombre en otro lugar que en su país.

Es evidente que las enseñanzas recibidas por los mismos en Hollywood darían sus frutos inmediatos aplicándolas a nuestro embrionario cinema.

Las casas productoras españolas deben contratar a los españoles e hispanoamericanos residentes en la meca del cine y demás poblaciones esencialmente cineísticas. Sería de una importancia capital contar con el concurso de María Alba, Catalina Bárcena, Conchita Montenegro, Vilches, Crespo, etcétera. Y de ellos es indispensable en absoluto separar a Vilches. Las enseñanzas que aportara éste equivaldrían al cincuenta por ciento del camino total a recorrer. Nadie desconoce los méritos que le adornan; sus profundos conocimientos en la materia, adquiridos a base de una concienzuda labor y

estudio. Es el que, a mi modesto entender, ha asimilado, casi en su totalidad, los resortes y secretos del cinema yanqui.

En cuanto a los hispanoamericanos, tenemos nombres de valor innegable: Lupe Vélez, Dolores del Río, Novarro, Luis Alonso, etc.

Digo, refiriéndome igualmente a unos y a otros valores, porque bien dice el refrán: «en el país de los ciegos...» Indudablemente que exceptuando a dos o tres, los demás son unas medianías en el mundo cinematográfico, más o menos conocidos, pero que en nuestra nación, por el contrario, pasarían a la categoría de primeras figuras.

En ocasiones semejantes hay que tener cierta benevolencia para todos. Es influencia decisiva en el orden moral.

La reconcentración en nuestros estudios de la mayoría de ellos, significaría, repito, el paso definitivo ansiado hace años.

Voluntad y dinero del lado de los productores, pretensiones relativas en los ar-

tistas y condescendencia razonada por parte de la crítica traerían, como lógica consecuencia, el triunfo y el encauzamiento hacia el camino trazado.

No es una metáfora el señalar conveniencias. Y más cuando éstas son factibles, momento oportuno es ahora; error constituiría dejarlo pasar sin por lo menos intentar parcial o totalmente la citada colaboración.

Los nombres de referencia, a la unión con los principiantes y veteranos que han desollado en nuestros (podemos denominar) ensayos, engendrarían una sucesión, posiblemente realista, de inmediatos buenos artistas.

En síntesis: como fácilmente se adivina en las líneas que preceden, abógase por la unión de nuestros artistas en nuestra nación; repartidos en las distintas casas o en una viable asociación entre ellos mismos. Son facetas que realmente poco nos interesarían. El motivo principal estaba ya guiado.

PEDRO ALVAREZ

“Las aventuras del Rey Pausole”

U y film necesita obtener del público una especie de complicidad afectuosa. Es necesaria, indispensable casi, que entre la cinta que va dando imágenes a la pantalla y el público que las contempla, se establezca una correspondencia invisible, impalpable, imponderable, una especie de magnetismo. Hay pocos films que establezcan este contacto entre la cinta y el público; claro que esto depende de la cinta y el público. El error de «El rey Pausole» ha sido el realizar amplia y fabulosamente un film magnífico, pero tratando con ligereza y tacto un sentido histórico exquisito. Para hacer vibrar el público ignorante, que aplaude entusiasmado los vaudevilles, son necesarias obras simples y complicadas a un tiempo. En «Pausole», el título prestigioso encierra una completa ausencia de intriga. Así es que al tiempo que los espectadores que fueron a contemplarlo buscando «una historia» se quedaron decepcionados; aquellos que aman los sueños, las visiones soledadas, los cielos nublados, las chicas bonitas y el aire y la luz, se quedaron satisfechos.

No debemos considerar «El rey Pausole» como la adaptación del delicioso libro de Pierre Louys, tampoco como un film tejido de aventuras sentimentales bien catalogadas, sino como una visión amable y dorada donde la fantasía del sueño puede animar unos espíritus completamente quiméricos.

Grandville, el «metteur en scene», ha encontrado en «Pausole» un pretexto para manejar estos elementos que él conoce bien, estos conjuntos de chicas bonitas y jóvenes, epicuristas de una manera armoniosa en un paisaje paradisíaco, acomodado al gusto del cuento galante, en decoraciones ajustadas a las colinas. Ha sabido sacar de «El rey Pausole» un tema libre, ligero, adorable. Encontramos a faltar la encantadora ironía de la obra de Louys. Pero de esto son culpables los autores del texto. Parecen asegurar el texto de la obra.

Si a pesar de esto reconocemos valor a esta obra, es que hay algo en ella que lo merece. «Pausole», debemos declararlo, es un film bonito. Muy bonito.

Comprendámonos. No es un film a merced de «historias». No es un film insipido. Pero no es un film banal, vulgar, indiferen-

te. Contiene escenas absolutamente espléndidas. Pero resulta que debiendo ser un film de malicia y «sprito» esencialmente francés, literalmente resulta insignificante.

En «Pausole» domina la imagen. Pictóricamente es una obra sinceramente admirable. El conocimiento del paisaje meridional, los vuelos de estandartes, los paseos de estas trescientas chicas maravillosas en aquel aire, en aquella luz dorada; los juegos, los bailes, las vastas decoraciones aplicadas en un fondo natural admirable; la música nerviosa y ligera, es un conjunto seducible y encantador.

Puede decirse que este film carece de primer término, que los autores dicen y expresan muy pocas cosas. Pero quienes debieran quejarse serían los actores, y según parece, ellos no han encontrado que esto fuera un mal.

En «Pausole» defiende la libertad de línea, el ritmo amable, las ligeras chicas bonitas y bien hechas, que el director de escena ha colocado en una decoración ideal y que con sus paseos y sus juegos náuticos nos divierten agradablemente. Defiendo «Pausole» porque está hecho por un hombre de gusto, por un hombre sano y artista, y que a pesar de muchos defectos, algunos graves, nos proporciona una hora y cuarto de placer sin sombra y sin preocupaciones.

Este resultado se aproxima quien sabe más al «music-hall» que al teatro o al film sentimental. Pero es un «music-hall» espacioso, hábil, radiante, aireado por los vientos perfumados de las costas latinas.

X.

Un nuevo estilo

.....



**CORSÉS
FAJAS**

Ofelia Registrada

En todas las
corseterías.

Sales LITÍNICAS DALMAU

La progresión creciente en que se desarrolla el consumo de aguas minerales en todos los países, guarda directa relación con la observancia de los preceptos higiénicos conducentes a que tan agradable como salutar bebida, llegue hasta el consumidor en las condiciones de pureza y calidad en que fue elaborada. Por ello aconsejamos siempre el uso de las

Sales LITÍNICAS DALMAU

como el mejor producto para conseguir un agua mineral de mesa que, por sus condiciones especiales en la preparación, como asimismo por su reconocida calidad, conserva toda su riqueza de paladar. La bebida ideal y de mayor eficacia para el buen funcionamiento del organismo, es, sin duda alguna, la que puede prepararse haciendo uso de las excelentes

Sales LITÍNICAS DALMAU

.....

A TRAVÉS DE LOS ESTUDIOS EUROPEOS

De cómo Elizabeth Bergner ha encarnado "Catalina de Rusia", en Londres

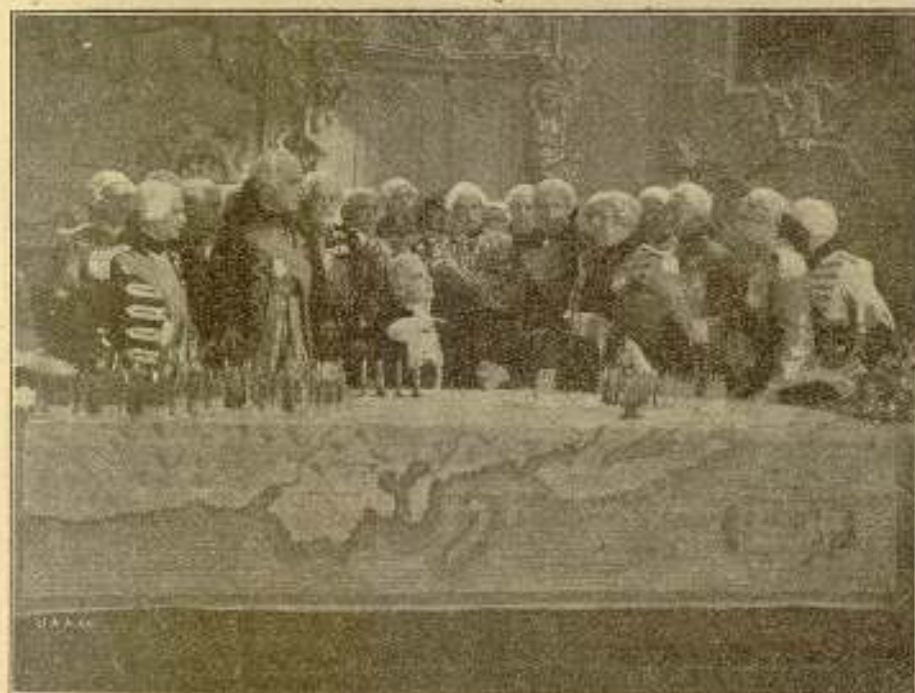
RUSIA EN 1745... Es la Rusia de Elizabeth Petrovna, hija de Pedro el Grande, quien, según Voltaire, desoso de agradar, debía «perfeccionar las empresas de su padre». La corte rusa sobrepasó en lujo las cortes europeas. Ya no se oyen los gritos de los bufones en el palacio, ya no se celebran allí orgías... El heredero del trono, el gran duque Pedro Fedoróvitch, sobrino de Elizabeth, «escande su afición por los fastuosos excesos en un pabellón de caza, en los alrededores de San Petersburgo», dice «Pour Vous».

«Allí se embriagan con vodka, con vinos de Hungría y de Francia, se cantan nostálgicas melopéas, que de pronto se convierten en un grito o en una irresistible llamada a los torbellinos del cuerpo, que expresan la alegría, la rebelión de la vida contra el dolor. «Rusia de ayer, eterna Rusia...»

«1745... Es el año en que la pequeña Sofía Augusta, hija de un general prusiano, des-

a los faraones en sus palacios o los emperadores romanos mundados por Cecil B. de Mille. Y, no obstante, he aquí que el año pasado Elstree nos ha enviado un film del cual no sabíamos qué debíamos admirar más, si el gusto con que había sido realizado o su jovialidad, su humorismo y su humanidad, o, aún, su interpretación... Victoria de Enrique VIII, de Europa, de Laughlin y de Alexander Korda. Victoria de un artista. La estricta y trine exactitud era proscrita en los detalles de la historia y nadie se preocupaba de ella en aquellos días en que la moda de la relatividad ha tenido, no obstante, sus ventajas...

«Se prepara una segunda victoria, siempre bajo la égida de Alexander Korda, la cual será la victoria de Catalina II, de Elstree, de Paul Czinner, de Elizabeth Bergner y de Douglas Fairbanks, Jr. Después de la Inglaterra del siglo XVI, he aquí la Rusia del siglo XVIII. La misma oferta de buen gusto, el mismo placer para los ojos en gamas diferentes. Hemos tenido la experiencia de un



Una escena de "Catalina de Rusia", de A. A.

endiente de los modestos príncipes de Anhalt-Zerbst, llega a San Petersburgo, recomendada por Federico el Grande.

«Se convierte en seguida a la iglesia ortodoxa, para ser Catalina Alexeievna. Debía convertirse en Catalina a secas, hasta el punto que aún actualmente basta pronunciar su nombre para pensar en ella...

«Ah! No imaginar ya su llegada, sino verla, inquieta y frágil, entre los innumerables corredores y escaleras del palacio imperial, guiada por una madre preocupada por la excelencia de las reverencias venideras y por un gentilhomme, tan alto como guapo, que contesta por Orloff.

«Tendremos este privilegio, este raro encanto, diría yo, en este año de gracia 1934, recién llegado...»

«Privilegio también de este arte cinematográfico cuyas evoluciones, transformaciones, progresos o posibilidades no sospechamos... ¿Quién de ustedes habría podido suponer que un género histórico podía renacer? Es con superior sonrisa que evocábamos el tiempo en que se podía contemplar holgadamente

hambre que reinó, tendremos ahora la de una mujer, a quien su superioridad de inteligencia debía llamar a reinar, sino a querer reinar.

«El pretexto histórico se ha convertido desde este momento en una fuente incompatible de arte...»

«Es, en efecto, a Elizabeth Bergner a quien veremos primero bajo el aspecto de la princesa de Anhalt-Zerbst, después bajo el uniforme del regimiento Ismailovsky, en tanto que esposa del gran duque Pedro, y más tarde esposa del zar Pedro III, antes de ser Catalina II. Es la gran historia de una mujer, muy mujer, que debía ser grande por su sagacidad y sus excepcionales cualidades.

«El papel exigía, pues, cualidades no buenas excepcionales, pero en Francia somos muchos los que no olvidamos las creaciones de Elizabeth Bergner, en «A qui la faute?», anteriormente, y en la versión alemana de «Mélos», más recientemente.

«El personaje de Catalina II, que ella nos permitirá ver no será solamente matizado, sensible y encantador. Su autoridad y su en-

vergadura dramática han tenido, nos consta, ocasión de desplegarse en este film, con una amplitud que le duran en Europa y en el mundo un lugar muy superior al que Hiller rebusa concederle en Alemania...

«En cuanto al joven Douglas, imaginémoslo vestido de esos uniformes vistosos del tiempo de Elizabeth Petrovna, con una bonita peluca blanca, un pequeño bigote y su porte, el gran aire que sabe darse... Hay más de una amorosa aventura en este film, y no sabríamos extrañarnos de ello.

«Presentemos también, desde ahora, a Flora Robson, notable actriz inglesa, intérprete del teatro elizabethiano, sarcástica, crítica y activa emperatriz Elizabeth; Gerald du Maurier, que encarna la figura de Leococ, hombre de confianza del gran duque Pedro; Gibb McLaughlin, cuyo humorismo es sobrio y digno; Dorothy Hale, Diana Napier, encantadoras compañeras de placeres del gran duque...»

«1762... Una mujer humillada, decepcionada, vuelve a hallar el gusto de la acción con la certeza del amor. Se pone a la cabeza de las tropas ganadas a su causa, apostrofa los soldados diciéndoles estas magníficas palabras: «Soy una mujer como vuestras madres y vuestras hermanas...» Trinita. Todo el palacio se llena de aclamaciones que subrayan su victoria. El zar, loco, ve a la multitud que la reclama, trastornada por el inexplicable y súbito rumor de su asesinato. Ella se muestra. El zar le lanza una sonrisa y monta en una calesa para dirigirse no al castillo de Ropsha, según las órdenes dadas, sino a la muerte.

«Ella abre los brazos, se embriaga escuchando los clamores del pueblo conquistado. Después entra dentro y cae, para decirlo así, junto a la ventana, luchando para no llorar. «Es una mujer...»

«Si revelo este episodio, es para indicar con qué espíritu ha sido concebido el film. Ha nacido un nuevo género. Un género lleno de riquezas, grávido de humanidad, un conjunto, un trabajo colectivo en el que se unen casi todas las artes.

«Arte de Vincent Korda, autor de los decorados, arte del que ha hecho los trajes, arte de Périnal, el operador, arte de los autores del diálogo, Arthur Wimperis, Lajos Biro y Wengel, arte del director Paul Czinner; arte, en fin, del inspirador del conjunto, Alexander Korda.

«Inglaterra se ha decidido. Ha pedido el concurso a elementos europeos.

«Es ella la que desde ahora revela a América lo que de más refinado tiene el Occidente, lo que puede enseñarle aún y lo que puede hacer cuando se eleva por encima de las mezquinas concepciones o de la necia creencia que la mayoría no aprecia más que la mediocridad», termina Jean Vincent-Bréhignac.

¿SABÍA USTED QUE...

W. C. Fields, veterano de la escena y de la pantalla es gran jugador de golf y que su afición a este deporte le vino de haberlo aprendido con el objeto de ridiculizarlo en sus números cómicos?

Cecil B. de Mille fue el primer director que usó iluminación artificial para la toma de escenas, y que lo hizo valiéndose de un reflector que pilló prestado a la Mason Opera House de Los Angeles cuando una serie de días nublados retardaba más de lo deseable la filmación de «El indio consorte»?

A Leo McCarey le aplazan en estos días el remoque de Leo el Taumaturgo? Razón: que ha logrado que los cuatro hermanos Marx convergan en trabajar también de noche para adelantar la filmación de «Duck-Soup».

Sres. Empresarios:

*DISTRIBUCIÓN
ORPHEA FILM*

S. A.

presentará en breve

**EL CAFÉ DE
LA MARINA**

*Según el poema de
José M.^a de Sagarra*



*Director:
Domingo Pruna*

*Música: Maestros
Demón y Gaig*

Protagonista de la versión castellana:

Rafael Rivelles

Protagonista de la versión catalana:

Pedro Ventayols

ESTUDIOS ORPHEA FILM

¡Una gran producción nacional, en las versiones castellana y catalana! ¡La mayor garantía para la taquilla!

“EL HOMBRE INVISIBLE”

(Obra maestra del cinema, inspirada en una novela de Wells)

«El extranjero llegó allí en febrero, una mañana de niebla en un torbellino de viento y nieve. Venía andando por la duna de la estación de Bramble Hurst, llevando en la mano, cubierta por un guante grueso, un maletín negro...»

Aquella inquietud que nos invade cada vez que vemos «El hombre invisible», la sentimos también delante de las imágenes del film que James Whale, inspirado en la humana e inhumana a un tiempo novela de Wells, ha presentado.

«El hombre invisible» pertenece al «Clubo de aquellos personajes literales que son para nosotros tan reales como hombres vivientes. Contemplado, más real que nunca, es Griffin, que alcanza el don de la invisibilidad.

presencia de Griffin los objetos de repente se encantaron; se oyeron en los peldaños de la escalera dar gritos sin razón, se vió una bicicleta rodando en medio de la calle, de una manera inexplicable. Desesperado del todo, Griffin, «El hombre invisible», tomó su venganza contra el mundo, y el reino del terror empezó.

«El hombre invisible» es un film de trucos forzosamente. Pero cada truco tiene el valor de una invención poética, y cada truco aumenta el valor trágico del film. Se enciende un cigarrillo aparentemente solo, unos pies fantasma dejan sus huellas en la nieve, unos pantalones bailan una especie de vals mágico por el camino, un pijama encantado resbala entre



Griffin, que queriendo manejar a su gusto las maravillas de la creación, es la primera víctima de lo que él se proponía provocar.

Griffin, un hombre fuerte, con necesidad de comer y beber, no podía revelar su presencia más que apareciendo como una caricatura de hombre, una especie de misterio disfrazado. ¿Abandonaba su sombrero, su peluca, sus lentes ahumados, sus vendas, sus rigas, sus guantes, sus zapatos? Al instante aparecía este prodigio. Un hombre sin cabeza, sin manos, sin pies, pero todavía vivo, y el cuerpo, no siendo puesto de manifiesto por ningún gesto, desaparecía en el vacío. El hombre invisible entraba como un vidiente en el mundo de los ciegos.

James Whale, el director de escena, deja de lado los primeros ensayos del «Hombre Invisible», la primera experiencia intentada con un gato, el primer paseo de Griffin por los arroyos de Oxford Street y la primera noche que pasó desahogado en un gran almuerzo de Londres, a pesar de su gran belleza. Nosotros no echamos de menos estos episodios, pues el film de James Whale es una obra casi perfecta de recreación. Nos encontramos verdaderamente con el viajero que creyó ganar la libertad separándose completamente del mundo, con el individuo sospechoso que se encerró en el albergue «Lion's Head», transformó su habitación en laboratorio y, súbitamente «traqués», loco de rabia delante de los campesinos de Sussex, revela por primera vez sus secretos. Delante de la

las sábanas de una cama; nosotros sabemos que el hombre invisible está allí. De ahora en adelante, para reconocer su presencia basta oír su voz, su terrible voz que promete la muerte.

Traicionado por su amigo Kempf, «El hombre invisible» declara: «Eres un amigo, un verdadero amigo, mañana a las diez te mataré». Kempf, a fuerza de engaños, puede creerse salvado. Corre por la noche en automóvil. «El hombre invisible está lejos», piensa; pero la voz de Griffin le contesta: «No muy lejos», y Kempf, cansado, oprimido, se mata, prisionero de un carruaje en llamas.

Veid ahora los cajones de los Bancos saltando ligeramente en el espacio, y unas manos (¿pero dónde se esconden?) van echando los billetes y las piezas de plata al río.

Un guarda agudamente distraído una falsa maniobra, y un tren se desvía de arriba el parapeto de un viaducto y se hunde con todas las luces en el fondo del agua.

«El hombre invisible» se divierte.

Muerto de frío, «El hombre invisible» se refugia en una granja, se funde en la paja, se duerme. El granjero se sorprende al descubrir que alguien respira en medio de la paja. Se advierte a la policía, la cual rodea la granja, la riega con gasolina y la incendia. Entonces hay que ver aquellas huellas de unos pasos que miran de huir a través de la nieve... y poco después, «La vuelta al estado de sustancia visible», que Wells describe como «la auto-invasión de un veneno». «El hombre invisible» se vuelve visible para morir.

¿En qué invertiría usted un millón de dólares?

¿Cuánto debe durar un beso?

¿Ha pedido usted la camisa de su "estrella" favorita?

¿Cuál es la ciudad de las cien cabezas?

¿Qué hay que hacer para convertir Barcelona en un Nueva York?

¿Quién gana ciento cincuenta dólares en cinco minutos y no es millonario?

¿En qué está el secreto de la juventud de las norteamericanas?

¿Cómo se puede acabar con los ladrones?

¿Cuánta leche toman las "estrellas" de Hollywood?

A la vez que se entera de estas y otras singulares cuestiones, le pondrá de buen humor la lectura de

Como ovejas descarriadas

de AURELIO PEGO



En las principales librerías.

EDITORIAL MORATA

Zurbano, 1 - Madrid.

MEGAFONOS

MERVYN LE ROY

Seguramente en cualquier artículo publicitario de cualquier casa productora, leímos su biografía.

Seguramente—no lo sabemos con certeza—en ella nos hablaban de un chiquillo de modesta familia, que a los nueve años vendía periódicos en San Francisco de California, su ciudad natal.

Seguramente—tampoco lo sabemos con certeza—esta misma biografía nos hablaba de un alumno desaprovechado de la escuela de Oklahoma.

Según esta biografía, el chiquillo de modesta familia que a los nueve años vendía periódicos en San Francisco de California, y el desaprovechado alumno de la escuela de Oklahoma, eran un mismo individuo.

Según esta biografía, Pero como nunca hacemos caso de los artículos publicitarios de las casas productoras—que, por desgracia, abundan demasiado—, tampoco tomamos como ciertos los datos que estos artículos nos proporcionan.

Por lo tanto, nos es completamente indiferente el comentar a Mervyn le Roy; decir que éste ha vendido periódicos en San Francisco, o que era un estudiante desaprovechado. También podríamos decir que fue profesor durante dos cursos en la escuela «Salt Lake City», o que estuvo empleado tres años en el «National City Bank». Que acostumbra a jugar en Wall Street, o que se ha divorciado media docena de veces.

Estas y otras muchas cosas podríamos decir de Mervyn le Roy.

Preferimos no hablar nada de su vida antes que engañar al lector con falsos datos. Nos limitaremos a la obra. Por ella conoceremos al hombre. Y de ella sacaremos consecuencias referentes a las posibilidades artísticas de Le Roy. Indicaremos su posición ante el cinema, ante los dos cinemas: el

verdadero (Murnau, Vidor, Eissenstein...) y el falso (De Mille, Shtrayer, Bachowsky...) Esa es, al menos, nuestra intención. Lo que ignoramos es si podremos o no realizarla.

Los comienzos de su carrera artística nos son conocidos: en el teatro y como actor. Más tarde, en el cinema: Gloria Swan-

UN PELUQUERO SERVICIAL

D. Antonio Martínez, desde muchos años peluquero de Barcelona, ha podido comprobar por sí mismo y en varias aplicaciones a sus clientes, las sorprendentes cualidades de la siguiente receta que puede prepararse fácilmente en su casa, con lo que se logra de modo efectivo oscurecer los cabellos canosos o descoloridos, volviéndolos suaves y brillantes.

En un frasco de 250 grs. se echan 50 grs. de agua de Colón (ó cucharadas de las de sopa), 7 gramos de glicerina (una cucharadita de las de café), el contenido de una caja de «Orix» y se termina de llenar el frasco con agua.

Los productos para la preparación de dicha loción, pueden comprarse en cualquier farmacia, perfumería o peluquería, a precio módico. Aplíquese dicha mezcla sobre los cabellos dos veces por semana hasta que se obtenga la tonalidad apetecida. No tiene el cuero cabelludo, no es tampoco perjudicial al pelo y perdura indefinidamente. Este medio rejuvenecerá a toda persona canosa.

son. Con ella interpreta su primer film. Con ella—artista célebre—, el—artista ignorado—sale al mundo mágico de la pantalla. Y con ella—linda ex bañista de Mack Sennet—obtiene su primer gran éxito. Para él nada más. Una de sus aspiraciones ha sido cumplida. Ha trabajado en el cinema.

Después se descubre en él un gran fabricante de risas. Y se le contrata como «gag man»—inventor de trucos cómicos—durante varios años.

Y durante una larga época, muchas de las caricaturas escuchadas en todos los cines del mundo, eran debidas a su ingenio.

Dato interesante es su edad: treinta años. Es uno de los más jóvenes directores del cinema. Es ésta la causa—su juventud—de que produzca obras del calibre de «Soy un fugitivo». Aunque parezca paradójico. Porque en casi todas las actividades del hombre, el triunfo va unido a la decadencia orgánica del individuo.

En el cinema no ocurre lo mismo. Las obras maestras de este arte han sido debidas al «megafono» de jóvenes «regis-seurs». La juventud posee dos cualidades imprescindibles para hacer buen cine: entusiasmo, audacia. Admiramos nosotros a Vidor, a Pudovkin y a Eissenstein, a Nicolai Ekke y a Munculian. Y los admiramos por eso: por entusiastas, por audaces.

Y por eso también admiramos a Mervyn le Roy.

Comenzó Le Roy su labor directorial con algunas cintas completamente intrascendentes: «El hacha de la clase», «La senorita sin miedo», «Yo quiero un millonario», «Piernas venecianas», «Su éxito», «Arriba de hermanas».

Entretienen algunas veces estos films. Pero generalmente están terriblemente lentos. A ratos, dinámicos. Pero siempre intrascendentes.

Tras esta primera serie produce otra en la que entran las más variadas cintas.

De la comedia ligera, pasa Le Roy al drama. Del film de aguijón, a la revista. Con vertiginosa velocidad. Cinematográficamente.

Y es en este segundo periodo donde la personalidad, más tarde inconfundible, de Mervyn le Roy, comienza a dibujarse.

CARLOS SERRANO DE OSA

(Concluye)

TENTACION

Perfume femenino

AGUA COLONIA

LOCION

EXTRACTO MODELO LUJO

EXTRACTO MODELO CORRIENTE

Tono Haridido: Perfume de día, propio para paseo, visita, teatro.

Tono Arabesco: Perfume de noche: seductor, embriagador, íntimo.

PERFUMERIA PARRERA BADALONA



tres bellezas de la MGM

La extraña personalidad de Edward G. Robinson

En España hemos tardado un poco en conocer a Edward G. Robinson, el formidable actor que hace tres años, lo mismo que Paul Muni algo más tarde en «Scarface» y «Soy un fugitivo», se reveló de golpe como una de las más valiosas aportaciones que el teatro hacía al cine sonoro. Fue con motivo de aquel magnífico «Little Caesar» con que la Warner Bros. First National iniciaba brillantemente el cielo de films de «gangsters», que más tarde había de darnos producciones tan meritorias como «Calles de la ciudad» y el



Robinson en «El rey de la plata».



Edward G. Robinson en

«Pasto de tiburones».

mismo «Scarface». Se dió el caso anómalo de que cuando fué presentado aquí «Little Caesar» bajo el título convencional de «Hampa dorada», ya habíamos tenido ocasión de ver a Edward G. Robinson en «Sed de escándalos», «El hacha justiciera» y «Dos segundos», películas rodadas, las tres, cerca de dos años más tarde que aquélla, y esto por la circunstancia de haberse decidido, mientras tanto, la Warner Bros. a distribuir directamente sus películas en España.

Aunque todas las caracterizaciones de Robinson son notabilísimas, destacan entre ellas «Pasto de tiburones», «El pequeño gigante», una especie de continuación humorística de «Little Caesar», y «El rey de la plata». «Pasto de tiburones» ofrece, además,

la particularidad de haber sido dirigida por Howard Hawks y la de desarrollarse casi totalmente al aire libre, en el mar, dando con ello motivo a este genial director para descubrir perspectivas inéditas en el cine sonoro.

Este excelente film de pescadores de atún en el Pacífico nos permite, una vez más, apreciar la curiosa personalidad de Robinson. Pequeño, rechoncho, feo, tiene un rostro expresivo, dominado fácilmente por la risa, la chanza y la malicia y susceptible igualmente de convertirse de pronto en la máscara dura de una brutal e insolente pasión. Lo insípido no roza con este excelente actor. Su origen rumano es traicionado por no se sabe qué de pintoresco, de bohémio, casi de oriental, que envuelve su persona. Su calurosa vehemencia, su especie de pintoresco desorden, tienen muy poco de anglosajón. Este hombre respira la aventura.

Es una especie de ciclón, pero un ciclón de apacible tranquilidad. Es, en espíritu, un extremista, un demoleedor, un sublevado. Rudo, arrebatado, posee cierto sentimiento anár-

quito que le hace rechazar con menosprecio las enseñanzas del viejo mundo... y del nuevo. ¿Y cuántas cosas llega él a detestar? Basta citar en mezcolanza: la educación de los niños, los prejuicios—aunque reconoce que no puede vencerlos todos—, el fanatismo religioso, el régimen capitalista, la obligación de trabajar regularmente en un mismo sitio, y Dios sabe cuántas cosas más. Diríase que su más profunda pasión es el vagabundeo indolente.

Pues Robinson asegura que tiene horror al trabajo, que es pereoso hasta la médula. Pero se le olvida afirmar que su indolencia es vencida por el amor que pone en su trabajo. Él se opasiona por sus películas, se entrega a ellas en cuerpo y alma y trabaja dos veces más que cualquiera para lograr la perfección soñada. Porque, a pesar de todo, el trabajo es para él el lazo vital. No solamente le gusta, sino que está plenamente convencido de la fuerza de las imágenes animadas y del bien que ellas pueden hacer. Y de esta firme creencia nace también el desprecio que siente por los actores que no trabajan más que para reunir el máximo dinero posible o bien por vanidad personal.

Además, Robinson detesta la publicidad, lo que no es obstáculo para que sea él mismo el primero en confesar que el día en que no sea ya reconocido por las calles de Hollywood, algo sufrirá en él. Pero, mientras tanto, la curiosidad de la gente le cansa, como le cansan también el teléfono, los estrenos, la mundanidad, la gente afectada, las cartas, los discursos y, por encima de todo,

la intolerancia, a la que tiene un odio a muerte.

Tres cosas le apasionan: sus semejantes (el individuo, con lo que tiene de humanidad y a veces de ese curioso fulgor que viene Dios sabe de dónde), su trabajo y su familia. Fuera de esto, el mundo, tal cual está hoy, le subleva y le indigna.

Así y todo, con su arrebotamiento y su individualismo, tan raro en un medio tan estandarizado, Edward G. Robinson resulta eminentemente simpático por el sincero ardor de su naturaleza violenta y franca, la cual, por otra parte, sabe disimular muy bien bajo una cortesa perfecta y unas maneras suaves.

A despecho de esta agitación interior, Edward G. Robinson es un hombre de trato sencillo, agradable, que gusta de bromear y de reír. Indudablemente su papel de Mike Mascareñas, el aventurero pescador portugués de «Pacto de tiburones» ha debido resultar especialmente de su agrado.

Ayer pudimos admirar ese «Little Caesar», de prodigiosa fuerza dramática, y al periodista apasionado por su profesión en «Sed de escándalo». Hoy podemos encontrarle en un papel verdaderamente original, en que la chanza se mezcla con el drama. Mañana será el ex gangster de «El pequeño gigante» o el especulador de «El rey de la plata», películas de las cuales la prensa extranjera está haciendo grandes elogios. Sean las que sean, las caracterizaciones de Robinson no pasarán nunca desapercibidas, pues llevan el timbre de su personalidad curiosa y de su sincera y profunda humanidad.

Una experta bailarina que a los cinco años aún no podía andar

«El baile es un arte impresionista, inspirado en la emoción; de otra forma no sería real.»

Esa es, en breves palabras, la teoría de una de las favoritas del gran Ziegfeld en su gran revista «Hot Chaw», gran estrella en «Take a Chance», de la Universal, y diva graciosa, de supremo arte, en «Mujeres de postín», de la misma empresa de Laemmle, June Knight.

June Knight es más que una gran artista un bello símbolo de la danza clásica y de la canción moderna. Su ambición tal vez mayor es la de innovar un moderno «ballet» al estilo del «jazz», dirigiéndose a realizar este sueño su aspiración actual. Su carrera de danzarina no está exenta de accidentes. Desde sus veintidós meses a la edad de cinco años, June apenas si podía ni andar ni tenerse siquiera en pie. Los médicos calcularon que no llegaría a la edad de los siete años, en su natural sumamente débil; recomendaron a los padres de la niña que aprendiese el baile y saliese al campo como medidas preventivas para tratar de salvarla. ¡Cuál no sería la admiración de todos al descubrir en la niña un talento de las danzas! En Hollywood, su ciudad natal, la pequeña June actuó en escenas infantiles, siendo el comentario del día. Pronto su desarrollo físico fué normal, aumentando de día en día su belleza.

Pero lo más notable de esta diva formidable es que sólo cuenta veintidós años de edad, a pesar de lo cual no reconoce rival.



Edward G. Robinson, en una escena amorosa de la película First National, «El pequeño gigante».

VIAJE A MADRID por Mateo Santos

Travelling

El viaje Barcelona-Madrid en el expreso, ha sido un «travelling» de seiscientos y pico de kilómetros a través de montañas y llanuras.

sonrisa apenas perceptible, con un monosílabo suspirado más que dicho.

Hemos comprendido que quiere estar sola, que se siente sola, efectivamente, en este departamento del expreso en que vamos tres viajeros más.



Nuestro director, Mateo Santos—en el centro—hablando con el supervisor de «Doña Francisquita», Paco Elías—a la izquierda—con el director de la película, Hans Behrendt—a la derecha—y con el gerente de la compañía Ibérica Films, Kurt L. Flatan, de pie detrás del diván.

De vez en cuando las lucecitas de un caserío lejano apuñalan tímidamente las sombras, o bien nos salen al paso, como pupilas fosforescentes de enormes felinos, los discos verdes de las estaciones.

En nuestro departamento, una mujer rubia, bella y triste, languidece de ensueños. Es en esta cinta de viaje, la figura del primer plano, la protagonista del film que empieza y termina en «travelling».

Replegada en su butaca permanece en silencio, con los ojos entornados como en la evocación de un amor que se frustró en el tiempo. Está frente a nosotros, percibimos su aliento, la suave palpitación de su pecho..., y muy distante, sin embargo.

¿Quién es esta mujer? ¿Qué sueño irá trozando el pensamiento de esta rubia idealizada de melancolía? No lo sabemos. En varias ocasiones, a lo largo del «travelling» entre sombras, hemos intentado iniciar el diálogo con ella. Todo inútil. A nuestra cortes insinuación, a nuestra oficiosa atención—el ofrecimiento de un libro, de un cigarrillo de tabaco rubio y oloroso—, ha respondido con un movimiento de cabeza, con una

sus ojos claros, a través de la ventanilla, la tierra dramática de Castilla.

El «travelling» ha terminado.

Estación de Atocha. Pregones de periódicos. Una fila de mozos que cantan los nombres de Hoteles, Fondas y Pensiones.

Estamos en Madrid, capital de la República.

Una «estrella» en el Florida

Tomo habitación en el Florida. Cuarto 110.

Después de asearme, de cambiar de ropas, teléfono, sin salir de la habitación, a varios amigos. Se sorprenden de saberme en Madrid. Se alegran. Me dan cita en diferentes cafés: Zahara, Granvía, Aquarium, Masión Dorée... En Madrid, el café es oficina, redacción y centro comercial. En el café nace la aventura galante y la información sensacional. Allí se planea un negocio, a veces fabuloso, y se prepara una revolución. El café, en Madrid, tiene una vitalidad, un dinamismo, superior al que tienen, en otras capitales españolas, el taller y la fábrica. Como que en el café de Madrid se ha traído, distintas veces, los destinos de España y se ha hecho resurgir el espíritu de la raza. Yo mismo, en un café de Madrid...

Después del almuerzo, bajo al hall del hotel. He comido temprano y aguardo la hora de acudir a la primera cita.

Mis ojos míopes recorren el hall. No muy



De izquierda a derecha: Félix de Pomés, Fernando Cortés, Raquel Rodrigo, Manolo Vico y la señora Arévalo, intérpretes de «Doña Francisquita».

Amanece un día gris sobre el paisaje desnudo de Castilla. La llanura parda y ocre tiritada de frío. Una yunta de mulas abre surco en la tierra. Un hato de ovejas apacenta en otro lugar.

La viajera rubia, bella y triste, mira con

lejos del sitio en que me he septado, hay una mujer. Es rubia, bella y triste como la viajera del expreso. ¿Será la misma? Pero no. La mujer del hall está fumando un cigarrillo y me mira un instante sonriente. Creo reconocer su silueta, su rostro suave-

mente melancólico. Su sonrisa se acentúa burlona. Un poco intrigado me acerco a ella.

—¡Isa!

—¿Te sorprende verme aquí?

—Efectivamente, no podía imaginarme que estuvieras en Madrid.

—He llegado esta mañana en el expreso.

—¿Subiste en Barcelona?

—No, en Zaragoza. ¿Por qué?

—Por nada; es decir, sí. He viajado desde Barcelona con una mujer que ahora juraría eras tú.

—¿Sería posible que en un viaje tan largo no nos hubiéramos conocido?

—Claro, es difícil. Y, no obstante, has hecho el viaje en el mismo tren, te encuentro aquí y habrás venido, desde la estación, en el autobús del hotel.

—En eso te equivocas. Tomé un taxi.

—¿Y en lo demás?

—Lo demás no tendría ya ninguna importancia. Tu duda de ahora tiene más encanto, ¿no te parece?

—Acaso. Sería desagradable recordar un viaje de doce horas, con una bella mujer que se conoce... sin haberla reconocido.

Isa Halmar sonríe seguramente por intri-garme más. Pero no puede ser ella la via-jera rubia del expreso. ¿Cómo podía no ha-berla conocido?

Le pregunto:

—¿Puedes decirme a qué has venido a Madrid?

—No tengo ningún inconveniente. Me han prometido un papel de algún relieve en

«Doña Francisquita», y ese es el objeto de mi viaje. Mañana ire a los estudios C. E. A. y veremos si me confirman la promesa.

—Estoy seguro de que ocurrirá así. Si han pensado en ti es porque el personaje encaja perfectamente en tu figura. Temperamento, condiciones para encarnar un tipo femenino, te sobran.

—Y tú, ¿a qué has venido?

—También mi viaje lo motiva, en parte, «Doña Francisquita». El señor Lecht, gerente de la Ibérica Films, me habló en Barcelona de que se iba a celebrar el comienzo del rodaje de la obra del glorioso maestro Vives con una fiesta en el Ritz, y decidimos venir a Madrid para asistir a ella y visitar los estudios C. E. A. en que ha de filmarse la película. Juan Aliaga Zarzoso, en representación de «Cine Arts», y yo en la de POPULAR FILM.

—Esta es sólo una parte del motivo de tu viaje. Así acabas de decirlo.

—¿Pretendes hacerme una entrevista, Isa?

Dio a replicarme Isa Halmar, cuando oímos una voz que nos decía:

—Aquí el único que puede entrevistarte soy yo.

Volvíamos un poco extrañados la cabeza para averiguar quién se mezclaba tan autoritariamente en nuestra conversación, y vimos a Valero de Bernabé, el excelente crítico de Prensa Gráfica, y junto a él a un fotógrafo con la máquina preparada.

—¡Pero esto es una encerrona!—bromeé riendo.

—¡Esto es un reportaje que yo no me de-jo

escapar! Y si os molesta ser importunados por los periodistas, fastidiarse. Yo no tengo la culpa de que seáis personas importantes dentro del cine español.

No hubo más remedio que dejarse retratar. Hice avisar a Juan Aliaga, que estaba en su cuarto escribiendo, y nos hicieron a los tres una foto que luego publicó «Mundo Gráfico».

Valero de Bernabé, cordial y sencillo, dinámico y generoso, puso el fotógrafo de Prensa Gráfica a mi disposición, y él mismo se prestó a servirme de guía en mis andanzas cinematográficas por Madrid.

Confieso que le traicioné, avisando a otro fotógrafo para que hiciera los clichés que irán apareciendo en este reportaje de mi viaje a Madrid, y prescindiendo de su compañía, siempre tan grata y eficaz, en la gestión de mis asuntos.

Valero y el fotógrafo se marcharon poco después de hecha la foto. Tenían trabajo. Pero estuvimos poco tiempo solos. En unos minutos el abalfo de la Florida se convirtió en una «peña» cinematográfica. Raquel Rodríguez, la «estrella» de «Doña Francisquita», fina y moeana, estaba allí llenando de risas el abalfo. Fueron llegando otros artistas amigos: Félix de Pomés, que se ha dejado crecer unas largas patillas; Antonio Palacios, menudo y vivaz; Manolo Vico, con su pergentio de madrileño castizo...

Y luego aún, Hans Behrendt, el director de «Doña Francisquita»; Paco Elías, Flatau, el maestro Jean Gilbert...

Lo que me contaron unos y otros irá en otro reportaje.

Aspecto de la fiesta dada en el Ritz, por la Ibérica Films, S. A., con motivo del rodaje de «Doña Francisquita», y a la que concurrieron el alcalde de Madrid, D. Pedro Rico, varios escritores, todos los periodistas cinematográficos, los artistas que toman parte en el film y otras personalidades.



EN TORNO AL FILM "ADIÓS A LAS ARMAS"

Argumento

La conflagración europea ha convertido en grandes amigos a Rinaldi, comandante de Sanidad del ejército italiano, y a Federico Henry, teniente del Cuerpo Americano de ambulancias militares. Ambos son valientes y enamorados, y la llegada de las enfermeras inglesas al acantonamiento les alegra y excita. Rinaldi quiere presentar a Henry a una de ellas, Catalina Barkly, que le vuelve loco, pero el americano declina la invitación y prefiere ir a divertirse a Villa Rosa.

Cuando están divirtiéndose, cercanas ex-

plosiones de obús interrumpen su entretenimiento; una escuadrilla austríaca está bombardeando la población, y hombres y mujeres huyen a la desbandada hacia los sitios seguros amenazados por los proyectiles de los aviones. En el lugar donde se ha guarecido el teniente americano se encuentra también una mujer. Supone que será una de las artistas de Villa Rosa y le habla con bastante desenfado, hasta que advierte que su compañera es... una de las enfermeras inglesas. A la noche siguiente, en una fiesta que dan los oficiales americanos, Rinaldi presenta a su amiga la enfermera Catalina al oficial americano Henry. Y no es poco el asombro de ambos al verse de nuevo juntos después del casual encuentro de veinticuatro horas antes. El buque de Rinaldi se queda atónito al ver la camaradería que reina entre el americano y la enfermera. Amistad que súbitamente va transformándose en ardiente amor. A la luz de las estrellas este amor es consagrado con la emoción de la muerte cercana.

Pero el azar de la guerra que unió a aquellos dos seres, torna a separarlos. Herido gravemente, Federico pasa a un hospital de Milán, donde gracias a la influencia de su amigo Rinaldi, es destinada Catalina. Un paréntesis de ventura tiene lugar en medio de los horrores de la guerra. Mas termina la convalecencia, Federico tiene que volver al frente; Catalina poco después cruza la frontera y busca en Suiza un lugar donde esperar el nacimiento de su hijo. Pero Federico Henry ya no es el mismo: frente a la vida y al amor ha comprendido el gran absurdo de la guerra, solo vive pensando en Catalina, y esto indigna a Rinaldi, que intercepta las cartas de la joven al americano. Federico a su vez, ignorante del viaje de ella a Suiza, ve como también le son devueltas sus cartas con la indicación de no encontrarse al destinatario. Corre a Milán y allí sabe por una enfermera que su adorada está próxima a ser madre. Rinaldi, conmovido por la desesperación de su amigo, le confiesa lo que ha hecho y le da la dirección que traían las cartas de Catalina desde Suiza.

Aquella misma noche deserta el teniente de la ambulancia americana. Vuela en busca de la que es su vida. Pero cuando después de sortear mil peligros llega a su lado, sólo acierta a recoger su último suspiro.

F I N

El idilio más intenso de la pantalla

La novela de amor más grande de cuantas se han escrito en nuestros días, queda convertida en el idilio más intenso de la pantalla.

En estas o parecidas palabras se resume el parecer de los miles de espectadores que han tenido ocasión de admirar «Adiós a las armas», la adaptación cinematográfica realizada por la Paramount de la novela original de Ernest Hemingway. El horror de la guerra sirve de marco a esta película, pero de marco solamente. Entre el fragor de las batallas, sobre los gritos de odio y los ayes de la agonía, alzáse el himno de un amor al cual nada arredra, que desafía por igual las incomprendiones del mundo y el terror del más allá. Un gallardo oficial, una hermosa enfermera a quienes une, como unió a tantos otros, el azar de la guerra, quedan presos en algo que es superior a la guerra, a la vida, a la misma muerte. Y porque sienten que tal amor los hace superiores a todo, lo desafían todo: convencionalismos, deberes, fatigas, peligros...

Tal es el argumento de la novela que ha sido traducida a muchos idiomas; del libro que para cuantos lo han leído, más que un libro, es trozo palpitante de realidad, en el cual canta y florea la vida. La Paramount ha realizado esta obra magnífica con un reparto excepcional, que encabezan Helen Hayes, Gary Cooper y Adolphe Menjou, y bajo la dirección inigualable de Frank Borzage.

Las mujeres en la guerra

Han pasado quince años desde que la guerra terminó, pero su terrible influencia continúa notándose en los hombres y en las mujeres, en los hogares de Europa y de América. Su mayor rastro, contra lo que pudiera parecer natural, ha quedado en el alma de las mujeres: en el corazón herido de las madres que perdieron a sus hijos o en el alma temerosa de las que piensan que acaso otra guerra cercana se los pueda hacer perder.

Los hombres están hechos para la lucha. Desde el comienzo de la historia se viene demostrando así. Pero las mujeres, en cambio, han sido creadas para el amor, para la vida suave y dulce, lejos de sangrientos horrores. Sin embargo, la última guerra, la más grande del mundo y de la historia, no se limitó a trastornar las vidas de los hombres, penetró en los hogares y quebró la flor de la juventud femenina. Las hermanas, las hijas y las novias de los hombres que dieron sus vidas en la gran hecatombe, sufrieron con ellos. Sufrieron también la desilusión ante la terrible brutalidad y el horror de la muerte. Si los hombres padecieron físicamente, el sufrimiento de ellas fué moral.

El debut de Helen Hayes

La insigne actriz inglesa Helen Hayes hizo su debut en la pantalla al lado de una estrella canina. Helen tenía entonces once años y el perro era un inteligente predecesor Rintintín. Después de este precoz debut, Helen Hayes trabajó en Broadway algunos años, teniendo que haberse retirado de su gran éxito «Coquet» para interpretar el papel de madre en la vida real.

Más tarde fué a Hollywood, donde ingresó en la pantalla con categoría de estrella desde su primer film. Su obra maestra, de sentimiento y de ternura, de arte supremo y encantadora feminidad, es «Adiós a las armas».

Una difícil adaptación

Un trabajo tan delicado como difícil fué la adaptación de la novela «Adiós a las armas», original de Ernest Hemingway. Los que realizaron esta obra de romances fueron los señores B. Glajar y Oliver Garret.

«Es un libro que ha sido más leído que ninguno y el mundo entero está lleno de él».



Gary Cooper y Helen Hayes, en la producción Paramount, "Adiós a las armas".

justos admiradores de Hemingway, a los que enojaría la menor libertad que nos tomaríamos con la obra — dijo Glajar—. En cambio, la película tenía que ser esencialmente cinematográfica y dotada de esencia dramática. Es imposible llevar a la pantalla, para ser pasado en menos de dos horas, un libro entero, y esto nos llevó a suprimir las escenas inútiles y prolongar en cambio los pasajes culminantes en una serie de escenas que el público está recibiendo con éxito excepcional.

El amor y la vocación

Una mujer fué causa de la entrada de Gary Cooper en la pantalla. Esta chica era la novia de Gary cuando él era casi un chiquillo; se negó a casarse con él, y Gary, desesperado, se marchó de su casa. La suerte le llevó a Hollywood, donde empezó trabajando como dibujante, y después de interpretar algunos papeles de extra, un director le contrató para trabajar con Clara Bow. Se hizo famoso representando el protagonista de «Alaso», que le otorgó categoría de estrella.

Su última gran producción ha sido «Adiós a las armas».

La prensa extranjera y «Adiós a las armas»

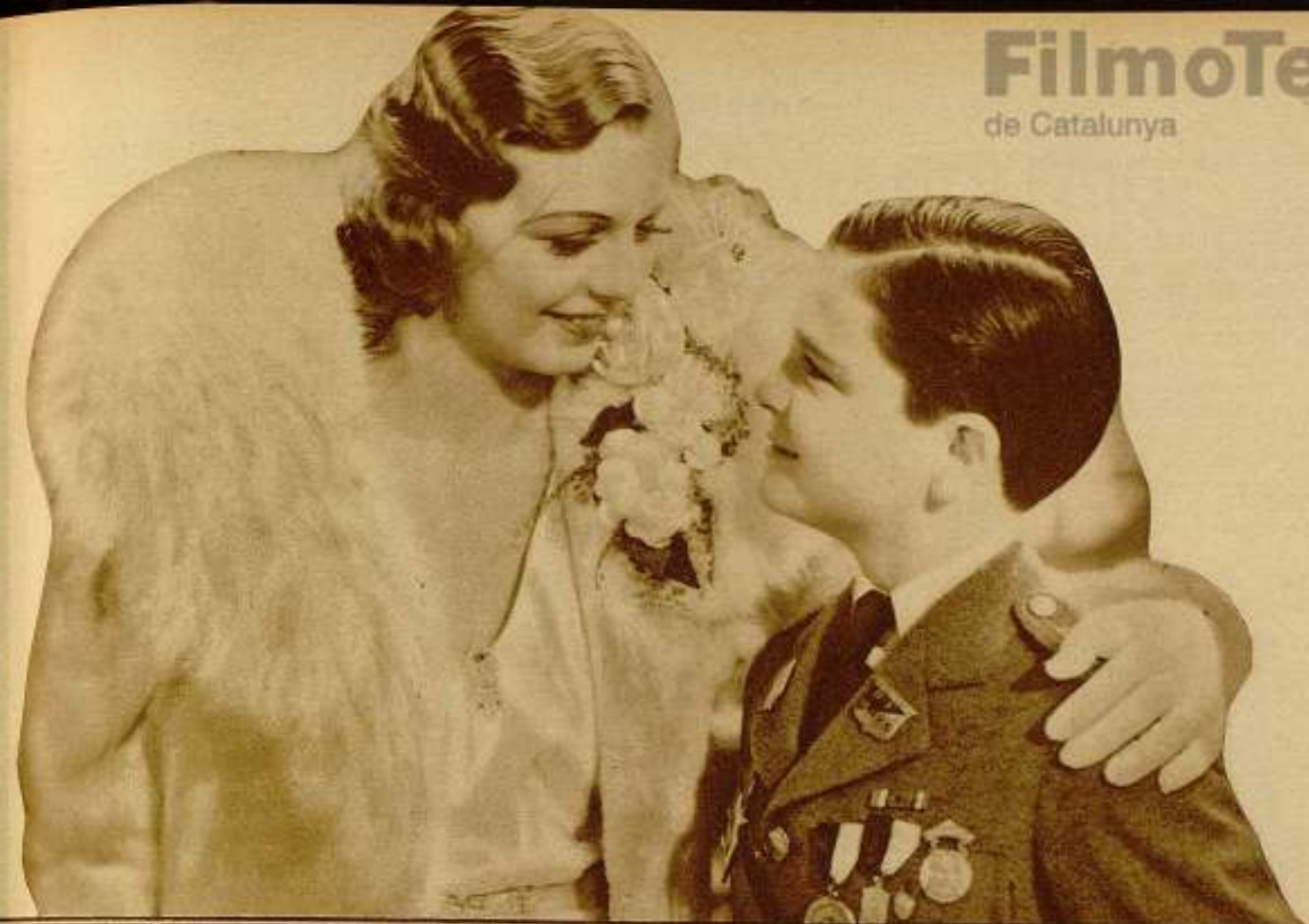
«La producción es una de las mejores que ha presentado la Paramount, la fotografía, la luz, las aparatosas escenas de la guerra, el ambiente italiano, no admiten mejora. Demuestra que para quienes saben lo que truen entre manos es siempre posible captar la esencia de cualquier obra teatral o novelesca. Helen Hayes, discreta, natural, brillantemente capaz, hace de Catalina una figura trágica y radiante. Gary Cooper interpreta uno de los papeles más difíciles que le haya tocado desempeñar, y lo hace con verdadero y profundo tacto. Adolphe Menjou, el médico italiano capaz de callar dos minutos seguidos, está soberbio.»—John S. Cohen, en el *New York Evening Sun*.

«Esta película aprieta el corazón y aguda la garganta. Conmueve tanto, que a veces vemos la pantalla a través de un velo de lágrimas. A la dirección de Frank Borzage sólo cabe darle el calificativo de soberbia. Este es, en verdad, su más noble logro desde el alcanzado con el «Séptimo cielo»; el más parecido al primer idilio de la guerra de cuanto había realizado desde entonces.»—Irene Thayer, del *Daily News*.

«Borzage ha creado su obra maestra. Su «Adiós a las armas» tiene una exquisitez, una noble simplicidad, una luminosa belleza, que ocurre hasta hacerlas aparecer insignificantes sus anteriores producciones. Ver «Adiós a las armas» es experimentar estimulante influencia que nunca se olvida. Frank Borzage no es, por decaído, el único a quien quepa atribuir la conmovedora belleza de la película, en que hallamos a Helen Hayes y Gary Cooper, los amantes que más convencen en la pantalla, y un argumento que, como en el de Hemingway, es el idilio más tierno de la novela contemporánea. Actores y argumento, en las delicadas manos de Borzage cobran espléndida altura, conmueven tan hondamente al espectador, que acaban por hacerle vivir en la realidad de lo que pasa ante sus ojos. Es una película que hay que ver, sobresale, vive, entre todas.»—Bland Johansen, en el *Daily Mirror*.

«La historia de «Adiós a las armas» está expresada con sentimiento, con franqueza, con hondura, con audacia, que hacen época en la producción de películas. Pone al director Frank Borzage a la cabeza de todos. Coloca en la cabeza de Gary Cooper, tocada con la gorra de color azul horizonte que lleva en esta producción el mejor penacho de sus triunfos de artista. Da a Helen Hayes ocasión de superar sus justamente alabadas interpretaciones anteriores y permite a Adolphe Menjou enganchar sus coqueños al carro de un nuevo triunfo.»—*Daily News*.





Estrenos de la temporada

La Universal presenta en nues-
tras pantallas la producción

“PARECE QUE FUÉ AYER”

cuyos principales intérpretes, son John
Boles, Margaret Sullivan, Billie Burke y
Reginald Denny.

Toman parte en la interpretación, 90 artistas más
y 4.500 extras, bajo la experta dirección de John M. Stahl.



**DIETARIO
 INTIMO**
DIATRIBA Y JACULATORIA

 por BENJAMÍN
 RAMOS GARCÍA

GUARDO emoción sincera de cordialidad para las cosas de nuestra intimidad y los paisajes de la Naturaleza. No es esta predisposición más un prurito de malsana sensibilidad ni un afán intracarente y liviano de sugerencias emotivas y fáciles, y tampoco sería exposición de este sentimiento si le creyese de mi exclusiva pertenencia y no opinase que afecta, por el contrario, a gran parte de la Humanidad, con esa misma unanimidad con que en la mayoría de las veces nos son comunes ciertas características puramente de tipo fisiológico.

Vuelvo en muchas ocasiones a este pequeño mundo íntimo de nuestras cosas co-

casiones abnegación, amor y sacrificio, en una seguridad plena de que nos relacionamos con una verdad incontrovertible, y se siente el maleamiento del afecto más íntimo, a veces por una demostración excesiva de bondad, o de subiduría, o de altruismo, porque abruma y enoja tan en grado sumo las dotes intelectuales y morales del prójimo, que nos empujea, ensobrecer y enoja la superioridad, que quiere aproximarse a la perfección aborrecible, y que humilla y confunde tanta cosa depresiva e inconfesable como alienta en nuestro subconsciente.

Estos fenómenos crean alrededor de nosotros un aislamiento y un vacío, pero la afirmación de subsistir se impone, aun rodeados de este ambiente de tan complejo enardecimiento. Y hay que subsistir de acuerdo con este estado de cosas, subreptoriándose a sí mismo e improvisándose una nueva personalidad.

Nos defendemos de los demás a título y

tres mismos, que tenemos el secreto del argumento.

Se pasa entonces por el doloroso tránsito de saber que es necesaria en la vida esta actitud, nada razonable, pero ineludible, hecha de renunciaciones idealistas y de abdicaciones espirituales. Luego surge un escepticismo natural y lógico, que nos deja sin convicciones ni voluntad, como algo híbrido y disperso en el ángulo en sombras de nuestras soledades. La negación de ciertos principios de sana ética, que creímos infaliblemente que conducirían a determinadas conclusiones, nos abandonan a una incuria y a una irreflexión voluntarias; queremos detener en nosotros el momento, sin recapitulaciones del pretérito ni pronósticos del futuro; inconsecuentes con lo fundamental, solidarios de lo imprevisible, prosélitos del azar enigmático y caprichoso, pero consecuente y jamás justo. Mas sin querer influir en el destino de las cosas con la rectitud de la conducta; juguetes del capricho del destino, abandonados a la fatalidad de tantas cosas irremediables en que ser protagonista o moralizador es tan poco práctico.

Así, la vida de cada momento, en todos los círculos o radios de acción, donde palpitan y se manifiestan dos almas distintas; la vida,



Un paisaje
 alemán.

tidianas, de regreso del hastío de la calle. Dentro, nuestra mesa de trabajo, cómoda y cordial, muelle de sueños y de flores; la chimenea crepitante de fervido calor humano; el acogedor sillón de nuestras meditaciones; la pantalla de luz blanca sobre el libro de nuestras lecturas sosegadas; la frecuentación agradable de este remanso de paz y silencio en que se conciertan todos los objetos que nos circundan, en un empeño contumaz y feliz de sernos gratos...

Fuera, el paisaje, lleno de toda la vida múltiple y creadora de la Tierra; conmovedor también y acogedoramente cordial para todos nuestros molinos de desidia y abulia, con su vegetación exuberante, sus montañas, sus quebradas y sus senderos, y el agua, el agua reidora y expresiva de sonchidades, de sus lagos y de sus ríos y hasta de sus riachuelos o manantiales más ínfimos y recónditos.

No es un medio de suma y lograda perfección éste a que nos sentimos inclinados, y en modo alguno lo podemos admitir como objetivo único y definitivo de nuestras inquietudes de cada día, pero sí el menos enojoso y maleable y, por tanto, en el que mejor se pueden adaptar, aunque de una manera transitoria, todas nuestras dolorosas inconformidades e inadaptaciones de cada día.

Despierta nuestra conciencia a todas las sensaciones del exterior, en muchas y diversas experiencias se anegan nuestros propósitos e impulsos de espontánea y honrada acción. Se lleva dentro un primitivo sentimiento de manifestarse con un cabal concepto de «bien obrar». Los afectos mutuos con los que creemos contar y hallarnos compenetrados, nos infunden ilusión de vivir. Vamos hacia ellos en todas nuestras exteriorizaciones afectuosas; vertemos en muchas

Un paisaje
 castellano.



justificación de nuestra vida y por un instinto que en todas las seres de la creación encuentra eco propicio y acogedor y ante el que se doblegan y someten todos los imperativos del ajeno egoísmo: el instinto de conservación. Somos por él, a sabiendas y premeditadamente, ineficaces, egoístas, avaros, vanidosos; nos desgarramos por él de todas las fraternidades y coyundas más caras del espíritu; fingimos ante el fingimiento ajeno; somos capciosos, sinuosos y combativos, y al empuje entrevisto del adversaria, oponemos anticipadamente un ímpetu de deslealtades defensivas. Así se logra una estabilización de nuestra personalidad en el pugilato de tantas competencias y desamores y encontramos con esto, ante nosotros mismos, cuando a solas la acusación más severa de la vida, que es la de nuestra propia conciencia, nos impugna y amonesta por tanta cosa reprobable, una justificación muy humana, pero poco comprensible para nos-

tal como en sí es y se nos ofrece—poliedro de facetas múltiples—con sus mismos secretos y sinuosidades de siempre. Pero más complicada y enojosa, cuando la fermentación de tantos apasionamientos sectoriales lo mueven, o las convulsiones promovidas por una confabulación de intereses contrarios, lo perturban. Entonces ya, el orden y engranaje de todas las conveniencias que articulan la sociedad, sufren un vértigo de incontenibles apetencias egoístas y el odio se agiganta y el amor se diluye en utopías y surge la lucha más fratricida y dolorosa que puede existir en el mundo: la que justifica y disculpa todos los medios; si el fin individualista es provechoso para cada uno mismo, y que no admitiendo beligerancia ni armisticios, sin producir heridas de la carne, abre un manantial de lágrimas en cada pecho, en medio de un sarcástico y aparente epítome de sonrisas fingidas.

(Continúa en «Informaciones»)

Una declaración de Walt Disney

En una declaración oficial Walt Disney, el creador de «Mickey Mouse» y de las «Sinfonías tontas», pone en claro de una vez para siempre que no es millonario y que el éxito sensacional de «Los tres cerditos» no le traerá millones. Disney creyó oportuno hacer público tal aserto debido a haberse publicado fantásticos rumores y conjeturas con respecto a las supuestas fabulosas ganancias que deriva de sus cintas de dibujos animados. Los datos que siguen, según Disney, dan una idea del costo y beneficios de su trabajo.

Después de diez y nueve semanas de popularidad nunca igualada, «Los tres cerditos», no obstante su éxito fenomenal, no ha producido aún el costo de la película, y el producto neto que de ella deriva durante dos años de ser exhibida en todo el mundo, no pasará de veintidós mil dólares. Disney, dándosele de optimista, confía que con el tiempo «Los tres cerditos» alcance a rendir ciento veinticinco mil dólares, de cuya cantidad hay que descontar el costo de producción, propaganda, venta y distribución.

El costo de producción de una película «Mickey Mouse» suele ser de diez y ocho mil dólares; el de una «Sinfonía tonta» cerca de veinte mil. Una «Mickey Mouse» cubre su costo dentro de doce meses de exhibida; una «Sinfonía tonta» tarda unos diez y ocho meses en producir lo que costó hacerla. Añádase a esto los gastos de distribución, ejemplares de la película, propaganda, derechos de aduanas, etc., y se tendrá una idea del por qué «Los tres cerditos» tiene que llegar a producir entre sesenta y setenta y cinco mil dólares para cubrir tan sólo los gastos. Lo que pase de esa cifra tampoco va a parar todo al bolsillo de Disney, naturalmente.

Las caricaturas en serie, publicadas originalmente en periódicos norteamericanos y traducidas luego en catorce idiomas distintos para los rotativos de diez países, y todos los artículos que tienen también a «Mickey Mouse» de ángel guardián, dan a Disney una entrada bastante crecida. Es precisamente gracias a estas ganancias que Walt Disney ha podido realizar sus «Sinfonías tontas» a todo color, edificar su moderno estudio y aumentar el grupo de colaboradores suyos, trescientos por ciento en tres años. No obstante los muchos más gastos que Disney tiene ahora, el genial dibujante sigue produciendo igual número de películas que hace tres años: veintiséis al año. Por consiguiente, en proporción a su longivid, las creaciones de Disney cuestan tanto como cualquier buena película corriente. Empero, la tarifa que por

ellas pagan los exhibidores es mucho menor.

Hán circulado rumores de que Disney es millonario y que sus ganancias durante el año pasado subieron a cuatrocientos mil dólares. Esa cantidad representa el producto total de sus películas; mas el producto neto es, naturalmente, considerablemente inferior a tan pingüe suma. Comenzando con su lápiz y carpeta de dibujo por todo capital, Disney tiene ahora invertido en su empresa unos setecientos mil dólares. Esta inversión ésta mucha de haber sido cubierta. Sin embargo, no le va mal del todo considerando que tiene sólo treinta y dos años; y nadie le ha oído quejarse jamás de las circunstancias que le niegan el adecuado beneficio que merecen sus creaciones.

Después de su modesto salario de doscientos dólares semanales, la linda casita que se hizo edificar y el automóvil de segunda mano que compró hace tiempo, Disney ha invertido el total de sus ganancias en el mejoramiento de sus producciones. Es uno de aquellos artistas que halla más satisfacción en hacer buenas películas que en acumular riquezas. Disney afirma que continuará sacrificando sus ganancias en beneficio de la calidad de sus películas, de su empresa, de sus colaboradores y de todo aquello que tienda a producir mejores films y mayor adelanto de su arte. No sería feliz de otro modo.

Y hablando de «Los tres cerditos», el director de una conocida empresa constructora de casas de Glasgow, Escocia, es uno de los más recientes en sacar partido de estos tres puerquitos.

Inspirado por la sabiduría exhibida por el tercer cerdito, que construyó su casa de ladrillo, dicho señor tuvo una ingeniosa idea para pagar sus productos. Compró cien discos de fonógrafo de la canción «¿Quién le tiene miedo al lobo?» y los distribuyó entre los arquitectos de Glasgow junto con un

prospecto en que les aconsejaba sigieran el ejemplo de este sabio cerdito y construyeran de ladrillo—¡especialmente del ladrillo que él vendía!—las casas de sus clientes. En tiempos bíblicos, al que quería aprender se le instaba: «Mira la hormiga, observa cuán diligente y aprovechada es y haz tú lo mismo». ¡En estos años de gracia del siglo xx, el ejemplo a seguir es el del cerdo!

Terminaremos diciendo que si bien Walt Disney está sumamente orgulloso de las criaturas creadas por su mente—«Mickey Mouse», «Los tres cerditos», «El mal lobo» y la miriada de otros caracteres que nos ha dado su ingenio fértil—, en estos días está aún más orgulloso por haber llegado a ser el papá de una preciosa niñita. El bebé, a la que sus alborozados padres dieron el nombre de Diana María, nació el 18 de diciembre último, casi en el mismo instante en que Disney recibía de la popular revista norteamericana «Magazine de los Padres» una medalla encomiando sus meritorios servicios en bien de los niños. Al recibir la nueva de que su esposa acababa de traer al mundo a una hijita, Disney dejó asombrados a los concurrentes a la ceremonia, dándoles precipitadamente las gracias por la medalla y saliendo a todo correr de la sala. Empero, le disculparon su

aparente brusquedad que había motivado tan repentina despedida.



“No seas celosa”

(Próxima presentación de Exclusivas Huet en el Fantasio)

Un hermoso film

UNA hermosa, una divertida y dinámica película es «No seas celosa».

«No seas celosa» no es únicamente el título de un film entretenido y alegre, lleno de humor y del más fino «sprit» parisién, es además el título de una canción popularísima que sirve de amable «leit-motiv» al film.

«No seas celosa» trata de un conflicto de celos conyugales. Pero gracias a Augusto Genina, que la ha dirigido, que ha puesto en esta película todos sus dones de finura y de observación, no llegamos ni tan solo presentarnos un momento el drama tan lógico, natural y frecuente cuando existen los celos. Por el contrario, nos movemos siempre en el dominio de la comedia y a veces incluso del alegre «odevil».

Carmen Boni, la exquisita Carmen Boni figura en el principal papel fe-

menino de este film, acompañada, como partenaire, por André Roanne.

«No seas celosa» es una película para el público, para todos los públicos, que la verán con insospechado deleite y aun con entusiasmo.

¿Drama o comedia?

Cuando una mujer es extremadamente celosa y suspicaz, la vida del marido no se desliza sobre rosas que digamos. Por el contrario, no tiene un momento de reposo y ha de calcular siempre el efecto que sus palabras pueden causar en su esposa o la interpretación que la misma pueda darles. Es una vida de infierno la del marido cuya mujer le tortura continuamente con sus celos.

Eso sucede en el film «No seas celosa»... ¿Un drama, pues...? Parecería cosa natural que el conflicto conyugal provocado por unos celos in-



dráma, pero no..., porque ahí estaba Augusto Geni-

na para hacer que el asunto no traspasara

nunca los límites de una alegre y simpática comedia y que en ocasiones incluso se acercara al «odevil».

Carmen Boni es la esposa celosa y André Roanne el marido sufrido que finalmente encontrará una solución para curar de momento, sólo de momento, los celos de su carísima mitad.

Augusto Genina, que posee el talento debido para desarrollar debidamente un argumento cuando éste merece la pena, llega a crear de un solo golpe una comedia ligera y divertida, que llena al público del mejor humor.

«No seas celosa», que como «leit-motiv» comporta una bonita canción que tiene el mismo título, es una obra encantadora, que exclusivas Huet presentarán muy en breve en nuestra ciudad.



Semiperfil de Janet Gaynor

CUANDO hace años el matrimonio Gaynor recibió la alegría del nacimiento de una hija, el hecho apenas trascendió de los muros del hogar para llegar a los hogares vecinos de Germantown (Pensilvania). Y al correr del tiempo, nadie sospechaba que aquella muchacha pecosa, soñadora y distraída, había de llegar a internacionalizar su nombre.

Cambios de escena... Filadelfia... Chicago... Hollywood. Antes de llegar a la fama, Janet Gaynor gastó cuatro pares de zapatos por las calles de Hollywood mientras iba en busca de trabajo como «extra». Más tarde, un papel. Luego, «El séptimo cielo». Y a continuación, la cabalgata de éxitos. Janet no ha quedado inactiva en el cinema desde Navidad del año 1924. Una gloriosa carrera cinematográfica que culmina ahora en «Paddy, lo mejor a falta de un chico».

Sin embargo, antes de convertirse en una de las estrellas de máxima atracción de taquilla—una reciente estadística la clasifica en el tercer lugar, después de Marie Dressler y Will Rogers—, cuántos sueños, cuántas desilusiones, esfuerzos y luchas no tuvo que superar.

Cuando Janet Gaynor paseaba su joven personita por las calles de Filadelfia y Chicago, paseaba al mismo tiempo sus románticos ensueños. Naturalmente que estos ensueños no tenían nada de ci-

nematográficos; se limitaban a imaginarse protagonista de maravillosos cuentos de hadas en fastuosos y poéticos escenarios. Sus aspiraciones se encaminaban primero a la música y más tarde a los negocios. Pero ni en una ni en otra ambición ha logrado Janet Gaynor ver cumplidos sus deseos. Su porvenir estaba en Hollywood.

Y allá fué y allí triunfó. Las ciudades americanas que habían perdido una de sus más encantadoras habitantes, la recobraron luego en la pantalla, donde admiraba a sus conciudadanos.

En esta pseudobiografía de Janet Gaynor, hemos procurado hacer de la popu-



ocupaciones de peso, y come cuanto quiere sin engordar un gramo. De vez en vez, cuando la oportunidad se presenta, Janet Gaynor abandona la ciudad del cinema y se llega a Chicago para dar un abrazo a «mamá Gaynor», que desde su apartamento presencia con orgullo el triunfo de su hija, de cuyas románticas ilusiones juveniles había sido benévola confidente.

Así es Janet Gaynor; una artista maravillosa y una muchacha ejemplar.

©

(Ilustran esta página varios retratos de la infancia de Janet Gaynor, hoy brillante y popular «estrella» de la Fox).



lar estrella un ser más común que lo que se acostumbra en las biografías propiamente dichas, en las que la estrella alcanza una personalidad superhumana, elevada por el elogio de gaceta. Esto no estaría de acuerdo con Janet, que es la simpatía y la sencillez hecha estrella. Quizá por esta razón ilustramos estas líneas sobre la intérprete de «Paddy» con unas fotografías retrospectivas que esperamos contribuirán a hacer de ella algo más íntimo de todos nuestros lectores.

Janet Gaynor, la estrella de mayor éxito entre los públicos españoles, es un caso ejemplar entre el mundillo de Hollywood. Cuenta con numerosas simpatías en la colonia cinematográfica, y dedica la mayor parte de su tiempo a su trabajo y al deporte. No tiene pre-



LA TRADICIÓN DEL CINE

El cinematógrafo, es parte de la vida, que al fin y al cabo tiene también sus heroísmos. No los que el público ve en la pantalla, sino otros que no han de aparecer en ella, pero de no haber los cuales se multiplicaría más de una película. Como la escena teatral, la pantalla mantiene sus tradiciones, su código de honor, cuyo artículo principal es que el actor ha de sobreponerse a todos los obstáculos y permanecer en su puesto hasta que el papel cuya interpretación se le ha encomendado llegue a su conclusión.

Son incontables los ejemplos de fortaleza que han dado los actores de cine para sobreponerse a

padecimientos, tanto físicos como morales; y entre ellos no escasean los de las mujeres. Claudette Colbert, intérprete de uno de los papeles principales de «Cuatro Asustados», la película filmada por Cecil B. de Mille en Hawái, fue heroína de uno de estos casos. En vísperas de em-

prender viaje con el resto de la Compañía, tuvo que someterse a una operación de apendicitis, la cual, aunque afortunada, le imponía una permanencia de no menos de tres semanas en el hospital. Al cuarto día, aprovechando la ausencia de la enfermera, Claudette des-

jó la cama y dio algunos pasos. Al siguiente repitió la misma faena. Al cabo de una semana, después de una convalecencia que los médicos calificaron de «milagrosa», salió del hospital y tornaba el barco para Honolulu.

Marlene Dietrich, durante la filmación de una de las escenas de «Marrocón», aquella en la cual aparece caminando en el desierto, sufrió un ataque de insofocación que

la hizo caer desmayada. Hacían falta aún dos tomas de primer plano y el director, Josef von Sternberg, acercándose a la actriz, trató de reanimarla diciéndole: «Marlene, faltan dos escenas». Como ella no diera señales de entenderlo, von Sternberg gritó entonces: «¡Listos! ¡Cámara!» A la voz de mando, como el soldado que hace el último esfuerzo, la Dietrich se recobró, filmó las escenas pedidas y volvió a caer desmayada.

A pesar de una seria afección en la garganta, que la obligó más adelante a someterse a una operación, Sylvia Sidney concluyó «Sola con su amor» y dio comienzo a «El modo de amaro», película ésta durante la cual, pudiendo más la naturaleza que su voluntad, hubo de suspender todo trabajo para que la reemplazara Ann Dvorak.

W. C. Fields, veterano del teatro y de la pantalla, refiere caso muy diverso. Hallándose sin dinero, tuvo la mala fortuna de que le robaron los trajes y todo el equipo con que se presentaba en sus números de presdigitación. Sin amilanarse por ello, convirtióse en trapero para proveerse de un par de zapatos viejos, un sombrero tan poco nuevo como ellos y varias cosas más. Así equipado, presentóse ante el público, que le halló muy convincente en tal atavío.

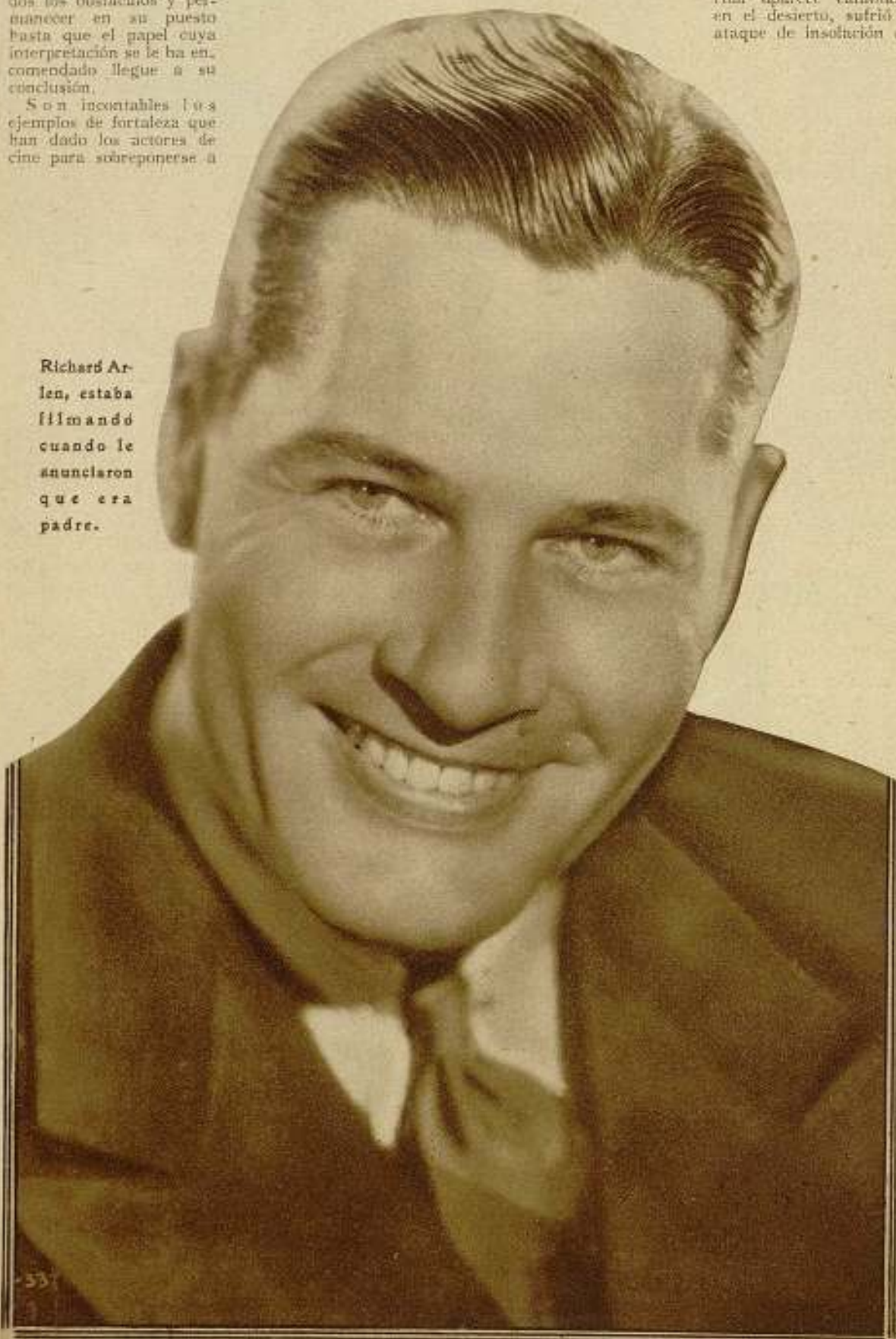
Tanto Richard Arlen como Bing Crosby, se hallaban filmando cuando vinieron al mundo sus hijos. No obstante la natural ansiedad que experimentaban, y de la cual daban clara muestra corriendo al teléfono siempre que podían, permanecieron en sus puestos.

Marguerite Churchill tuvo la desgracia de perder durante la filmación de «Escándalo en Bohemia» el suegro, al cual amaba como a un padre. La actriz hizo dos viajes en aeroplano a San Francisco de California, una para acompañar al anciano en sus últimos momentos y otro para asistir a su entierro, pero no retrasó ni en un día la filmación de la obra.

Cinco grandes
de la pantalla

A la película Paramount «Cuanto soy», la llaman en Hollywood la de los Cinco Grandes de la Pantalla, debido a que aparecen en su reparto Fredric March, Miriam Hopkins, George Raft, Helen Mack y William Collier, Sr. El director de la obra es James Flood.

Richard Arlen, estaba filmando cuando le anunciaron que era padre.



CURIOSIDADES DEL CINEMA

Las estrellas de cine dicen lo que hubieran querido ser

A un periodista de Hollywood se le ocurrió proponerles la siguiente pregunta a varias de las principales figuras cinematográficas: —Supongamos que, por cualquier circunstancia, dejara usted de ser estrella. ¿qué querría ser?

He aquí algunas contestaciones:

—No por eso me desanimaría—contesta Sylvia Sidney, una de las intérpretes del film Paramount «La dama bondadosa». Mi ambición ha sido sosegar en la pintura y el dibujo, y me dedicaría a ello de lleno.

—Si me sucediera lo que usted dice—respondió Richard Arlen— trataría de ser lo que he deseado siempre: un escritor lo bastante leído para poder vivir de lo que le producen sus obras.

Para Gary Cooper, de no ser actor, el ideal sería rivalizar con los creadores de dibujos animados para la pantalla.

A Carole Lombard la seduce la idea de vivir en París y ser dibujante de modas para alguna gran casa.

George Raft, puede que por lo que ha aprendido ya del arte taurino, a fin de lucirlo en su próxima película «Suena el clarín», le gustaría ser matador o por lo menos banderillero.

En cuanto a Jack Oakie, siempre chistoso, dijo que su ambición estribaría en ser el Mahatma Gandhi de California, siempre que no tuviera que reducir mucho de peso, perder algunos dientes ni simplificar demasiado la indumentaria.

Tres de las grandes estrellas de Hollywood comenzaron su carrera de modo análogo.

MARLENE DICHTERICH, Dorothea Wieck y Miriam Hopkins, tres de las estrellas más famosas de las que brillan en la actualidad en Hollywood, comenzaron su carrera de modo muy semejante.

La primera, cuya más reciente interpretación para la Paramount es la que hace en el film «Catalina la Grande», película que siguió a «El cantar de los cantares», en la cual ob-

tuvo un triunfo fantástico, estudiaba para violinista cuando, por haber perdido los músculos de la mano la flexibilidad necesaria, dejó la música por el teatro.

La segunda, que tan resonante triunfo acaba de alcanzar en «Canción de cuna», es hija de una gran pianista, y parecía destinada a emularla cuando el gran empresario Max Reinhardt la contrató por cinco años para su compañía teatral.

En cuanto a Miriam Hopkins, a quien veremos en «Dos hombres para una mujer» (título provisional) y en «Cuanto

soy», es también, como Dorothea Wieck, hija de una notable pianista y, como ella, se sintió arrastrada por irresistible vocación al teatro.

Ginger Rogers lucirá un traje que pesa una onza

Los fabricantes de espejos de Los Angeles y Hollywood andan de plácemes en estos días. Y el caso no es para menos. Charles R. Rogers les ha hecho un pedido que excede a todo cuanto habían visto hasta ahora: cuarenta y siete espejos de un metro veintidós centímetros de ancho por tres metros sesen-

ta y seis centímetros de alto.

Todo este aparato de azogado cristal se destina a la decoración de algunas de las escenas de «Nos pusimos las botas», película musical que Charles R. Rogers llevará a la pantalla para el programa de la Paramount.

No es la profusión de espejos el único dato extraordinario que quepa anotar con respecto a la futura película. De mayor interés que el uso de ellos es que la imagen que han de copiar es la de Ginger Rogers, ataviada en un

traje que pesa exactamente una onza. Como tal atavío es evidentemente harto ligero, la exquisita actriz atenderá a completarlo mediante un par de abanicos.

Jack Oakie y Jack Haley, aunque no figuran en el reparto de la obra, han manifestado desde ahora que asistirán a todos los ensayos y a la filmación también en calidad de miriones. Dicen que no es cosa de perderse ver a tan linda mujer como es Ginger Rogers vestida como queda dicho y a la cabeza de un coro de velocitico muchachas, que son otras tantas harles.



Sylvia Sidney, enferma y todo, no abandonó su trabajo.

Rosita
 Díaz,
 Juan de
 Landa
 y Ricardo
 Nuñez
 en una
 escena
 de
 "Se ha
 fugado
 un
 preso",
 película
 rodada
 en los
 estudios
 de la
 Orpheo
 Film,
 bajo
 la
 dirección
 de
 Benito
 Perojo.



LA PRODUCCIÓN NACIONAL

Una
 escena
 de
 "El
 Café
 de
 la
 Marina",
 según
 el
 poema
 de
 José
 M.^a de
 Sagarra,
 dirigida
 por
 Domingo
 Pruna
 en
 los
 estudios
 de
 la
 Orpheo
 Film.



“Mis labios engañan”

y III

(De William Kernell.—Fox trot de la película Fox Film).



Si quiere estar bien informado de todo lo que se relacione con el arte cinematográfico nacional y extranjero, lea usted todas las semanas

Popular Film

que es la revista más amena y mejor informada de toda España.

La leyenda del Judío Errante... vieja como el mundo

La ciudad era barrida por un viento huracanado. Algo más tarde, borrascas de nieve, dura, espesa, helada... Este fué el tiempo que yo escogí, una mañana, para ir a ver proyectar uno de los más extraordinarios films del mundo: «El judío errante».

De acuerdo con aquel cielo de plomo, tan triste, tan desesperado, la pantalla reflejaba también la tristeza infinita y eterna de Matathias, judío de Jerusalén, a quien el dolor de amante convirtió en blasfemo...

Abolidos en mi imaginación los años de civilización mecánica y el tiempo duro e implacable, las imágenes me llevaban a un sueño extraño, fascinador, un sueño que se hablaba de los siglos y que convertía en una realidad viviente la sublime tragedia de la crucifixión y la epopeya lamentable de Isaac Laquédem, culpable de haber insultado a Cristo en su cuervo...

El populacho de Jerusalén sigue a Cristo mientras le juzgan... Amenazas, bantos, gritos vociferaciones, acompañan a Jesús en su camino de dolor. Y en su fastuosa morada, Matathias, bello como un semidio, sufre atrocemente porque su Judith, una mujer que ha robado a su esposo, su amante adorada, va a morir.

He aquí las multitudes... he aquí el triste desfilé... y ved a Matathias, alto y pálido, temblando de su dolor, y a quien responde Cristo: «Vuelve esta mujer a su marido y quedará curada». Entonces, él maldice a Cristo, y éste le dice: «Yo no te esperaré; pero tú me esperarás hasta que yo vuelva a buscarte».

Y Matathias vuelve a su casa para encontrar ya muerta a su querida Judith... y para comprender que el arma que vuelve contra su pecho es impotente... La muerte no es para él, Cristo lo ha maldecido, lo ha condenado a quedarse sobre la tierra para llevar el peso de la vida y expiar su pecado...

Esta primera parte del film que Maurice Helvey ha sacado de una obra del autor inglés Temple Hurston, es positivamente sorprendente. Es con verdadera libertad de expresión y tratando de una manera nueva el tema legendario que mister Hurston ha escrito esta obra, que ha sido representada en Londres durante muchos meses por el célebre actor Matheson Lang.

Maurice Helvey, al llevar a la pantalla la obra de Temple Hurston, no podía escoger

mejor, porque esta obra no tiene carácter enfático, ni solemne; ninguna ingenuidad ridícula, y toma, por el contrario, una línea movida, suave y viva, despejándose del convencionalismo que llevan consigo los relatos fabulosos, y se convierte en una epopeya muy plausible, creíble y cautivadora.

Ninguna materia artística era más seductora, y al mismo tiempo más difícil de tratar y de modelar. Agradecemos a Maurice Helvey el haber utilizado sus materiales sutiles sin distribuir demasiado el oro. Ha sabido sacar de la vida errante de Abasverus un admirable film, ilustrando de un modo elocuente, cálida, bañado de riqueza y de amor, los cuatro románticos episodios que lo forman. Una especie de teclado de sentimientos y de sensaciones distribuidas de un modo genial.

La primera parte, la de Jerusalén, era difícil, y en justicia hay que encontrar perfecta esta reconstrucción de la ciudad santa en los tiempos tumultuosos de la pasión de Cristo. El paso del Nazareno, las filas de gente suplicante o injuriosa, la visión abigarrada de la vida de aquel tiempo, está presentada con un tacto y esplendor y con un sentido artístico digno de estima. Desde aquella época iremos siguiendo a Matathias (se llama Matathias, Laquédem, Battasius o Malchus, pero queda siempre el judío errante). Le veremos al través de sus viajes, y le veremos menos poéticamente, pero más verdicemente instalado en tres épocas, en ciudades diferentes y bajo múltiples encarnaciones. El será un misterioso caballero que luchará victoriosamente en las cercanías de Antioquia, durante la segunda Cruzada... Nada le vencerá; los elementos se mostrarán benignos con él; ni el fuego le quemará, ni el agua le ahoga, ni la tierra le sepulta. El hierro se tuercó contra su rudo pecho. Las mujeres son atraídas inevitablemente hacia él, que causa su desesperación, su vergüenza y su muerte.

Más tarde, le encontramos en Palermo, como rico mercader, padre feliz, esposo amado. Su hijo muere, y Battasius verá marchar su compañera, dirigida por un fraile, a buscar en un convento el consuelo a su pena... Solo... Siempre solo con su dolor. ¿La maldición no cesará, pues?

Battasius ha cambiado de nombre... Vedle en Sevilla en 1560, en plena inquisición. Médico lleno de bondad, cura a los pobres, a los vagabundos, a las mujeres de vida airada; escogiendo los más desgraciados y llevando su piedad a todas partes. Se le lleva a la hoguera porque no ha negado que fuese judío.

«Vuestro Dios—dice—no lo conozco. He conocido en otro tiempo a Dios; no estaba rodeado de esta pompa ni de estas riquezas. Llevaba una humilde cruz de sicómoco y extendía por todas partes su piedad y su amor».

Battasius va a la hoguera, pero el fuego no le hace nada.

La multitud contempla este ser invulnerable... ¿Battasius no morirá nunca? El rugió intensamente, él implora a Aquel que ofendió un día. Una luz viva ilumina su cara atormentada, y sus ojos inmensos se cierran; el alma vuela y la maldición ces-



Peluquería para Señoras

ONDULACIÓN PERMANENTE

Realizada con los mejores aparatos modernos conocidos hasta la fecha.

*

Establecimientos Balma Oliveres, S. A.

Ronda San Antonio, nº 1

(Entrada por la Perfumería) • Teléfono 13754

aparece, Battasius vuelve a la tierra. Cristo ha perdonado...

Estas tres partes son superiormente tratadas. No hay nada que parezca mascarado o imitación. Aquella casa de Palermo, dulce y clara, por donde pasan mujeres con largos ropajes, es tal como nos la imagináramos, y si nos remontamos a Antioquia, encontramos escenas de un esplendor inabarcable: el torneo, las noches en el vivac, los cruzados... En fin, la escena de la tienda, donde el judío errante seduce a una princesa cristiana, entregándola a la desesperación cuando ve a su marido muerto delante de ella.

La homogeneidad de esta obra, tan multiforme, sin embargo, es la mayor cualidad del «Judío errante». Esta unidad la debe al entusiasmo de todos los colaboradores, a una colectividad que ama su trabajo y que ha querido hacer triunfar un bello poema del alma humana, haciendo una obra grande y bella.

Sin embargo, no se puede olvidar que al lado de todos estos elementos materiales, de los bellos decorados, de las sabias perspectivas, dominando la interpretación que agrupa a mujeres radiantes y a grandes actores, hay un hombre que ha llevado el film con su talento inspirado: el gran trágico Conrad Veidt, que ha sabido expresar la evolución de Matathias, sus recordamientos, sus revueltas, después su serenidad, haciendo de sus propios dolores y ruinas una creación, que, como esta de Veidt, es significativa. Es la revancha del actor sobre la injuriosa indiferencia de algunos autores de teatro. En «El judío errante», el texto es sin importancia; es la imagen la que prevalece, y más por la prodigiosa visión de un gran artista, que por la perfección de la técnica.

Admirad la fisonomía de Conrad Veidt en las cuatro encarnaciones del personaje, para observar en éstos rasgos esculturales; en sus ojos vastos y claros, estos ojos ardientes, el desencadenamiento de una locura, que las pruebas transforman en un supremo renacimiento.

Veidt en «El judío errante» ha escalado el Arte, el Arte en su verdadero sentido y con una gran A mayúscula.

X.

CAFÉS DEL BRASIL POR TODA
ESPAÑA

**EXIGID LOS CAFÉS DEL BRASIL
SON LOS MÁS FINOS Y AROMÁTICOS**

**CASAS BRASIL
BRACAFÉ**



pantallas de Barcelona

ESTRENOS

Tivoli: "Yo he sido espía"

Podría decirse que la guerra europea influyó tanto en el destino de los pueblos, dejó en la humanidad un rastro de dolor tan vivo, que se prolonga en la pantalla cinematográfica a los tres lustros de firmarse el armisticio.

En efecto, la guerra, aquella guerra penosamente, ha sido el tema, y cuando no el fondo, de innumerables films. En este sentido, «Yo he sido espía» viene a aumentar el número de películas de esta clase. Pero sin ofrecer novedad ninguna, que no cabe ya, este film ofrece la particularidad de ser el relato crudamente verídico de una de tantas historias de espionaje como nos ofrece la contienda de los cuatro años monstruosos.

Las escenas de «Yo he sido espía» son de un realismo tremendo. El realizador del film se ha preocupado de ofrecer esas estampas realistas disimulando, en cuanto cabe, el aderezo artístico. Y lo logra casi siempre hasta el punto de que la invasión de un pueblecito belga por los alemanes da tal impresión de autenticidad histórica, que la escena parece tomada en la época en que se desarrolló. Claro que para no creerlo así bastaría con recordar que la técnica cinematográfica no estaba entonces lo perfeccionada que acusa esta misma escena de «Yo he sido espía».

Con este film se pretende presentar un caso de patriotismo ejemplar. Nosotros, que pertenecemos a un país neutral en aquella contienda, no concebimos bien que ni siquiera por patriotismo se ejerza oficio tan bajo como el de espía y que se lleve traicioneramente a la muerte a centenares de hombres aunque sean enemigos. Y esto es lo que hace María Crockhaert, recordada y ensalzada en el lienzo por Madeline Carroll, admirable actriz según se nos revela en esta película, en la que desempeñan otros papeles destacados Herbert Marshall y Conrad Veidt.

M. S.

Coliseum: "Ondas musicales"

La acción se desarrolla totalmente en la estación de una gran emisora yanqui.

El asunto—una insignificante anécdota amorosa: la merenografía de la radio que se emite de un famoso cantante—sólo es un pretexto para que vayan desfilando por la pantalla los artistas más célebres de las radios americanas.

Ante el micrófono de la emisora de «Ondas musicales» actúan las orquestas Mill's Brothers, Cab Calloway y la de Vicente López y el cantor callejero Arthur Tracy.

La anécdota la juegan con fortuna Stuart Erwin, Leyla Hyams y Bing Crosby.

El film lleva la marca Paramount, que logra su objeto de mostrar en la pantalla lo que es una gran estación de radio en la gigantesca Nueva York.

Urquinaona: "Queremos cerveza"

La abolición de la ley seca en los Estados Unidos sirve de pretexto para que Buster Keaton y Jimmy Durante se lancen a una serie de aventuras disparatadas y pongan en práctica—con ayuda de la cámara, naturalmente—una serie de trucos que excitan la hilaridad de los espectadores.

Los dos popularísimos actores de la Metro-Goldwyn-Mayer—el de la cara de palo y el narizotas—rivalizan en gracia, elevando el disparate y el absurdo a la categoría de arte cómico.

Y como lo único que se proponían era hacer reír y lo logran plenamente, fueron bien acogidos por el público, que agradece siempre que lo diviertan.

Capitol: "Matrimonio en sociedad limitada"

Un vodevil francés de trazos humorísticos muy finos, a veces exagerados para resaltar más lo grotesco de algunos tipos y la comicidad, picante siempre, de algunas escenas.

La película tiene movilidad, dinamismo y no pesa en ningún momento, a pesar de lo absurdo de algunas situaciones.

Florelle, a la que hemos elogiado siempre como actriz en los papeles dramáticos que ha interpretado para el cine, en este género frívolo y picante del vodevil no tiene rival.

Su labor en «Matrimonio en sociedad limitada» destaca enormemente de la que realizan el resto de los artistas.

Unos motivos musicales muy ademsados adornan la acción.

Este film, presentado por Febrer y Blay, mereció la aprobación del público.

Una prueba: "La cruz y la espada", de la Fox

En el salomello de pruebas de la Hispano Fox Film se pasó para la prensa la película hablada en español «La cruz y la espada».

En este film se evoca con bastante acierto la epopeya de los misioneros católicos en la colonización de California. A la evocación va unida una trama amorosa que refuerza la acción y la hace más vivaz y graciosa.

«La cruz y la espada» nos presenta a José Mojica en un nuevo aspecto. Lo habíamos visto en diferentes tipos de galán, siempre triunfador en los juegos de amor, pero no podíamos concebirlo con un burdo sayal de franciscano, renunciando al amor de una bella mujer que logra, con su coquetería, trastornar sus sentidos.

Mojica salva con decoro un papel difícil para él. Entre las rancias que interpreta a lo largo de la cinta merece citarse por lo delicada el «Avermaris».

Junto a Mojica aparecen Juan Torera, discreto en su papel de galán, y Anita Campillo, una nueva figura del cinema, que se revela en «La cruz y la espada» como una joven.

Anita Campillo es una morena muy interesante que posee una fina intuición artística y un temperamento que bien cultivado puede situarla entre las mejores artistas de habla hispana.

Creemos que «La cruz y la espada» obtendrá un éxito franco cuando se estrene.



Henry Garat, el famoso galán del cine europeo, contratado hace poco por la Fox para sus estudios de Hollywood, que aparece en la película «Se ha robado un hombre», en la que ocupa el primer plano, junto a la deliciosa y brillante «estrella» francesa—también ganada por el cinema yanqui—Lily Damita.



Diatriba y jaculatoria

(Continuación de la página 10)

Tales las luchas que agitan hoy a los pueblos, donde todo parece crearse de un modo provisional y transitorio, siempre en pos de estados y horizontes nuevos; volubles, irreflexivos, inestables, más iconoclastas que nunca, sin ninguna cualidad creadora digna de estima si no tiene, ante todo, como principio, un previo afán de destrucción. Da miedo hablar de las dos cualidades primordiales que son genuina enunciación de estos tiempos y que siendo en su significación tan dispares, parecen, sin embargo, irse dando la mano a lo largo de nuestra actual civilización: «decadencia y progreso».

Se avanza en todo, indudablemente, con pasos precipitados, pero tantos valores morales y espirituales se destruyen también simultáneamente, que parece no poder concebirse un descubrimiento científico, si no va precedido con anterioridad de una inmolación sensible y dolorosa en cualquier otro orden de la actividad humana.

Del contraste, surge nuestra simpatía conmovida y emocionada hacia la belleza de las cosas que nos rodean en la intimidad y de los paisajes que nos ofrece la Naturaleza. Ya en su mutismo y en sus actividades inanimadas y contemplativas, reside una atracción. Los objetos que nos son familiares, saben la medida y el tono de todos nuestros más pequeños impulsos; conocen el

rítmo de nuestras alternativas temperamentales, el secreto de nuestras facultades psíquicas más ocultas, el pulso de nuestro alma y el móvil más hermético y recóndito que preside y rige todos nuestros hábitos.

El paisaje, más vario y expresivo, guarda igualmente, aliento de intimidad para el que sabe interpretarle y comprenderle, y es también cordial y acogedor y sabe regalarnos con cada estación un perfume nuevo y con cada horizonte una perspectiva diversa, y para nuestras crisis de soledad y misantropía, dispone del verbo caudaloso de sus ríos o de sus lagos, grato lecho en donde se remansan todos los éxtasis.

En medio de tanta complejidad enojosa y molesta como en la vida suele ofrecerse a cada paso a todo espíritu sensible, la mala belleza y la acogedora cordialidad que es frecuente hallar en la actitud y la disposición de los paisajes y de las cosas que nos son aynes, puede ser, aunque efímero, un eficaz antídoto para muchos bostezos de fastidio y multitud de gestos irreprimibles de dolor humano.

AVENTURAS DE UNA ESCRITORA EN MALASIA

Lori Bara, autora de «Samarang», la producción H. F. Zeidman-Artistas Asociados, no sabía lo que la esperaba cuando sentada en su escritorio escribía en Hollywood la novela de un pescador de perlas malayo.

«Samarang» era un film que no podía hacerse en Hollywood, pues tenía que estar libre de toda teatralidad y artificialidad, lo que no permitía que fuese rodada en un estudio. Zeidman buscaba gente que obrase con no fingida naturalidad en su propio ambiente para «Samarang», de modo que organizó la expedición a Malasia.

Formaba parte de esta expedición Lori Bara, esposa del director del film, Ward Wing y, como su nombre habrá quizás sugerido a nuestros lectores, hermana de la que fue famosa estrella, Theda Bara.

Antes de llegar a Singapur, puerto donde terminaba su viaje marítimo, experimentaron emocionantes peligros. En Hong Kong sufrieron los terribles embates de un tifón. Los miembros de la expedición se hallaban entonces en tierra y el vapor estaba fondeado en el puerto. Su viaje hasta el buque, en un sampán tripulado por dos muchachos y una vieja apergamunada, constituyó la

experiencia más espeluznante de su vida, según confesión de Lori Bara.

A cuarenta millas del Ecuador el sol abrasó la piel blanca. Varias semanas en el mar curtieron la piel, levantando ampollas inclusive, de todos los expedicionarios. Los vientos y los aguaceros tropicales les aliviaban un poco, pero cuando se internaron en la selva, los grandes árboles, con sus pesadas y colgantes lianas, moscas y mosquitos, dificultaban de tal modo la marcha, que cada movimiento requería un verdadero esfuerzo. Lori Bara tenía que desenredarse a menudo de una masa de altas hierbas y torcidas raíces, y había que soportar las picaduras de los insectos y mosquitos, aunque no en silencio.

La lluvia penetraba a través del espeso follaje de la selva en un hueco chaparrón, en el preciso momento en que iban a rodar una escena. Querían calados: hasta los huesos y daban diente con diente por efecto del frío. De pronto reaparecía el sol que los abrasaba. Uno tras de otro sufrían los ataques de la fiebre.

Un día, mientras trabajaban en su «iwakowa» (grande barca de plana quilla, usada por los pescadores de perlas), una explosión destruyó la lancha que empleaban para el transporte de los expedicionarios y actores a tierra.

Esto los obligó a quedarse en el kampong, aldea indígena construida sobre pilares de bambú. Debido a que el walloh que tripulaba el sampán se olvidó de avisar que les mandasen otro lancha, como le encargaban, tuvieron que pasar tres días allí.

No obstante, Lori Bara encontró a los malayos muy hospitalarios. Algunos de ellos desocuparon sus chozas para dejar sitio a los expedicionarios de «Samarang». Por la noche durmieron éstos sobre esterillas de hierbas. Su desayuno consistió al día siguiente en cocos frescos. Para el almuerzo tuvieron arroz, y arroz y pescado para la cena.

El baño lo tomaron a la manera indígena, como se ve en el film, donde Ahmang ayuda a su novia Saiyo en el baño. El cuarto de baño es público. Consiste en una plataforma de bambú cubierta por tres costados con atap. El agua se recoge en una nuez de coco vacía y se va

derramando suavemente sobre el bañista.

Otra fuerte impresión sufrida por Lori Bara, que le dejó inolvidable recuerdo, fue la que experimentó una noche en una plantación de caucho al ser despertada por el trompeteo de los elefantes que destrozaban los árboles a su paso y al ver el desastre la mañana siguiente. Los jóvenes árboles de caucho estaban arrancados de raíz y una trampa para cazar tigres destruida.

BUSTER CRABBE

Nació en Oakland, Estados Unidos, el día 7 de febrero de 1910. Pasó los primeros años de su vida en Hawái. Estudió en la Universidad de California del Sur. Estatura, 1,80 m. Peso 85 kilos. Ojos pardos, cabello castaño. Deporte favorito: la natación, en la cual conquistó el campeonato en los Juegos Olímpicos.

Buster Crabbe, que hizo su debut cinematográfico en el film Paramount, «El hombre león», ha representado dos veces a los Estados Unidos en los Juegos Olímpicos: la primera en Amsterdam y la segunda en Los Angeles. Ha batido cinco records de natación, resultó campeón en treinta y cinco concursos nacionales y posee gran número de trofeos.

Atribuye su robusta complejión a haberlo llevado sus padres, cuando sólo contaba dos años de edad, a Honolulu, donde se crió entre los naturales del país, entregándose con frecuencia a la natación y comiendo mucha fruta, especialmente piñas. Habla el lenguaje de los hawaianos como si fuera uno de ellos, y es hábil en tocar los instrumentos musicales que ellos usan. También toca el piano, pero no demasiado bien.

Hizo sus primeros estudios en Hawái y los superiores en la Universidad de California del Sur, de la que salió graduado en el año 1932. Cursó ciencias políticas y tomó parte en las funciones de aficionados organizadas por los estudiantes.

Para costearse la carrera, trabajaba en una sastrería de Los Angeles durante el invierno, y como bañero en las playas durante el verano. Formó parte del equipo de natación de la Universidad, y también estuvo en los de balompié y basketball.

No se le hubiera ocurrido nunca entrar en el cine si la Paramount no le hubiese llamado por considerarlo ideal para el papel que se le encomendó en «El hombre león». En los ensayos que se hicieron antes de la filmación de dicha película, se notó que su voz era deficiente, pero bastó a salvar la dificultad un ligero curso de declamación.

Crabbe, que es observador y estudioso, se preocupaba, al mismo tiempo que filmaba «El hombre león», de enterarse de todos los detalles que supone el trabajo de pintar en escena una película.

Para el
cabello

PILOSAN

Señora:
quiere Vd. triunfar?
El cabello en la
mujer es la luz que
nos atrae desde
lejos y nos subyuga
desde cerca.
Y si es tratado con
PILOSAN, es imán
irresistible, que nos
retiene junto a ella.

INDISPENSABLE
ANTES DE ONDU-
LARSE AL AGUA

PIDALO A SU PELUQUERO

Se oyó el ruido de un coche que se acercaba, y el joven que encuentras trabajo en cualquier parte.

—Toma esto. Es bastante para que puedas esperar hasta bolsillo y saco varios billetes, diciéndole:

—Por toda contestación el seductor se llevó la mano a su Hesperaba que el la animase y le ofreciese su ayuda, pero María esperaba una explosión de cariño de su seductor.

—Ha sido por aquello. Se han dado cuenta de lo que va a hacer y me arrojan a la calle, sin tiempo de nacer.

—Nada—respondió María bajando la cabeza avergonzada—¿Qué has hecho?—preguntó otra vez el.

—¿Porque me han echado de la casa—le dijo con tristeza—? Por qué?—preguntó él, llevándose la mano a una Me marchó.

—Casualmente encuentro a pocos pasos de la casa a su seductor, y humildemente lo llamo, diciéndole:

—Ya la hacía sentir el amor maternal.

—Casualmente encuentro a pocos pasos de la casa a su seductor, y humildemente lo llamo, diciéndole:

—Ya la hacía sentir el amor maternal.

—Casualmente encuentro a pocos pasos de la casa a su seductor, y humildemente lo llamo, diciéndole:

—Ya la hacía sentir el amor maternal.

—Casualmente encuentro a pocos pasos de la casa a su seductor, y humildemente lo llamo, diciéndole:

—Ya la hacía sentir el amor maternal.

—No lo cojas. Lo contagiarías con tus besos.

—No lo cojas. Lo contagiarías con tus besos.

—No lo cojas. Lo contagiarías con tus besos.

—No lo cojas. Lo contagiarías con tus besos.

Al pasar por el patio vió al pequeño florando, y en un arranque de cariño hacia la criaturita, fue a cogerla en los brazos.

¿Acaso ella había dado su hora para que se la comprasen tan vilmente? Entonces hic cuenta de la mala de aquel hombre, y sin poderse contener, sin poder hacer otra cosa, quiso demostrar su indignación y su desprecio arrojándole una piedra que ni siquiera llegó.

Empieza para María desde aquel día su verdadero calvario.



María sentía que aquel dinero le quemaba las manos.

—Ya lo haré mejor... Ha sido un pequeño mareo que he tenido hoy.

—Ese trabajo no lo puedes hacer, María.

La muchacha temió de que la fuesen a despedir, y le dijo tristemente:

—Ya lo haré mejor... Ha sido un pequeño mareo que he tenido hoy.

—De ninguna forma—siguió diciéndole la dueña—. Tu estado no te permite un trabajo así. De hoy en adelante te vestirás de camarera y servirás a los parroquianos. Es un trabajo muy descansado y no te fatigará.

No tuvo palabras María para agradecer a la dueña aquel interés que se tomaba por ella, pero en su mirada había tanta gratitud, tanto reconocimiento, que la dueña le estrechó las manos, y le dijo emocionada:

—Anda, ven conmigo que te daré la ropa.

Poco después María parecía completamente distinta. Su ropa nueva, su cofia y sus zapatos, la hacían otra mujer distinta. Entonces es cuando podía apreciarse que aquella chiquilla era de una belleza extraordinaria.

La dueña no se fijó en nada de aquello, pero cuando María salió al establecimiento, las otras muchachas la acogieron con aplausos y gritos de alegría, a los que la muchacha correspondía sonriendo.

Nunca se había considerado María tan feliz como en aquella casa, donde no había una sola persona que no la tratase con verdadero cariño. Jamás se había visto tan bien tratada como entre aquellas mujeres a quienes la sociedad tildaba de «malas» y que eran también las únicas que se habían compadecido de ella.

Y los días transcurrían, hasta que llegó el instante esperado. Una tarde, cuando María iba con la bandeja sirviendo a los parroquianos, sintió que la vista se le nu-

ama entró a llamarla a la cocina y vió que todavía no había recogido su cama. Extrañada por este descuido de María, que nunca había tenido, empezó a deshacer la cama, y cuál no sería su sorpresa al ver escopdidas debajo del colchón la ropita de la futura criatura.



—Puedes recoger todas tus cosas y marcharte.

Su indignación no tuvo límites; fué algo que ni ella misma supo contener, y salió a la puerta gritando:

—¡María!... ¡María!...

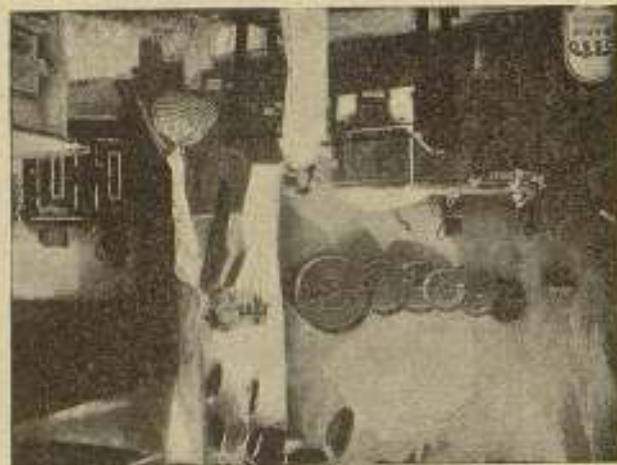
La muchacha, a los gritos del ama, sin adivinar de qué se trataba, le contestó con la humildad que siempre empleaba.

—Voy en seguida, señora.

Esperó unos segundos el ama, y en vista de que no llegaba volvió a gritarle:

diría para ella nada, sería todo para su hijo, para aquel ser que estaba próximo a venir al mundo y de cuya vida eran tan responsables el uno como la otra. Silenciosamente fue sacando sus ropas y mostrándose-las a la dueña para que la registrara, y una vez que tuvo hecho el hijo, salió de la casa seguida de la mirada de las hijas del ama, que habrían oído la conversación y que es-

—¿Una vez que tuvo hecho el hijo, salió de la casa?



—¡Haberte pensado antes! Para las mujeres como tú no hay compasión posible. ¡Sabe Dios quién habrá sido el truhan que te ha seducido. María estuvo a punto de decir el nombre del seductor, pero inmediatamente calló, pensando que tal vez con su silencio lograría que él no la dejase desamparada. No pe-

13

MARÍA

14

MARÍA

—¡María!... ¡Ven inmediatamente!

La muchacha, ante la exigencia del ama, dejó la faena que estaba realizando y acudió a ella, diciéndole:

—¿Qué desea, señora?

—Ven conmigo—le dijo el ama, llevándola a la cocina. Una vez allí le mostró la ropita del niño, y le preguntó:

—¿Qué significa esto?

María, avergonzada al ver que su falta había sido descubierta, bajó la vista al suelo sin atreverse a responder, y el ama continuó diciéndole con inhumana crueldad:

—Eres una sinvergüenza. Por lo menos debías haber respetado la casa donde estás.

—Señora, yo le juro...—empezó suplicando María.

—¡Cállate!—le respondió su ama—. No quiero volver a oírte hablar. Puedes recoger todas tus cosas y marcharte.

—¿Y dónde quiere usted que vaya en este estado?—le preguntó angustiosamente la muchacha—. Tenga compasión de mí. Yo haré lo que usted quiera, pero no me arroje a la calle. Si no es por mí, hágalo por él, que no tiene culpa ninguna.

—No me importa nada tu hijo—respondió friamente el ama—. Te he dicho que arregles tus cosas y te marches.

María se arrodilló ante ella, y de sus ojos brotaron lágrimas de intenso dolor, a la vez que le decía:

—¡Por favor, señora! ¡Usted es buena! ¡No haga eso conmigo!

—Claro que lo haré—replicó el ama sin conmoverse—. Incluso pondré en tu cartilla de despido el motivo que te hace salir de esta casa, para que todo el mundo te conozca.

—¡No!—gritó ella desesperada—. ¡Eso es lanzarme a la miseria!

de los más raros, que se divertían entre copas y besos de nada, llamó a la puerta que más tuvo a mano. Era esta la fuerza con su voluntad, pero el instante supremo se un paso más. Había llegado hasta allí, más que con sus los empezaban a entumescerse, sintiéndose incapaz de dar gruesa alfombra de nieve, y María sentía que sus músculos se rompían. Una copiosa nevada había tejido sobre las calles una fuerza que nunca.

de noche y el frío del invierno se hacía sentir con más cerca del pueblo donde había servido primeramente. Era Cortado de un pueblo a otro, llegó a una provincia el mundo envuelto en la mayor miseria.

Y su más esperanza que la llegada de su hijo, que venía que la poseía. Estaba sola, sin más ayuda que la de Dios oración bondadosa que se conmoviese ante la desgracia perdida una mano caritativa que quisiera ayudarla, ni un No encontró en toda aquella jornada de mujer inco-

dean.

en medio de aquel mundo de sombras trágicas que la ro-

alma, sin una ilusión que sostener, se sentía desfallecer como tiempo. Su naturaleza sentía el agotamiento, y su Para una existencia que no podría resistir si duraba mu-

sin recursos y las fuerzas que le quedaban.

erman constante la infeliz mujer iba terminando su esca-

estado la echaron sin compasión alguna, y en aquel pere-

trabajo. En las casas que lo conseguía, al enterarse de su vicio. Se fue del pueblo y acudió a otros en busca de-

limpeza para María desde aquel día su verdadero cal-

ase una vida destrozada.

hundo animadamente con la joven, como si tras él no de-

a las ruedas del vehículo en el que iba su seductor ha-

15

MARÍA

16

MARÍA

María entró tímidamente allí, y la dueña le preguntó con un gesto despectivo:

—¿Qué deseo usted?

La muchacha se acercó tímidamente y con la mayor humildad respondió:

—Vengo buscando trabajo. Admitáme usted, ya que nadie quiere dármele.

La dueña se quedó mirándola fijamente, y le preguntó extrañada:

—¿Y por qué no quieren dárselo?

María, por toda contestación, le enseñó su cartilla de trabajo, en la que iba anotada su culpa, y la dueña respondió:

—Luego dicen que hay almas caritativas.

—¿Me admitirá usted?—preguntó con angustia la muchacha—. Yo haré cuanto usted quiera: fregaré, lavaré, trabajaré...

La dueña sintió una gran emoción ante el gesto de dolor de la que todavía no era más que una chiquilla, y le dijo secamente:

—Se quedará aquí. Hará lo que se le mande y procuraremos que no se canse mucho.

María se agarró a las manos de la dueña y se las llevó a los labios agradecida por aquella protección que le otorgaba. A ella no le importaba trabajar; sacaría fuerza de voluntad de donde fuese preciso para cumplir su misión hasta el último instante. El presente lo tenía asegurado; del porvenir, Dios se cuidaría.

Los primeros días de su estancia en aquel café de mala nota, fueron para María días de ensueños. Las muchachas la trataban con cariño cuando se enteraron de lo que le pasaba, y más que criada parecía una amiga de todas.

La dueña, sin dejar de aparentar aquel gesto de serie-

TEATRO NOVEDADES

ACONTECIMIENTO CINEMATOGRAFICO

Todos los días, gran
éxito de la grandiosa
producción nacional



el canto del ruiseñor

Equipo

BLOCK-POSTE
PHILISONOR,

montado
expresamente
para este film.

Interpretada por

Pepe Romeu
Charito Leonis
Maria Espinalt
Hilda Moreno
Antonio Palacios
Valeriano Ruiz Paris
Baena Alvarez Rubio
Leo de Córdoba
Banquells.

Distribuido
por

"CIFESA"



Aragón, 261
BARCELONA

popular-film

FilmoTeca

